EZEQUIEL SOLANA

FABULAS EDUCATIVAS

El Magisterio Español
Quevedo, 7.—Madrid.

Ejemplar, **1,25** pesetas.

LIBRO DE LECTURA

Cervantes, Educador

por

Don Ezequiel Solana

°°○○○°°

En este libro se recopilan trozos de gran amenidad de las mejores obras de Cervantes. Va dispuesto en forma de diccionario, pues sus páginas son todas ellas una sucesión de conceptos morales, tal como los : : imaginaba el inmortal autor :-:

°°○○○°°

Ejemplar..... **1,00** pesetas.
Docena..... **12,00** —

Ejemplar, **1,25** pesetas.

LECTURA EXPRESIVA

FABULAS EDUCATIVAS

POR

Don Ezequiel Solana

Maestro de las Escuelas de Madrid

LIBRO PRIMERO

SEGUNDA EDICCION

MADRID

El Magisterio Español

Calle de Quevedo, 7.

ES PROPIEDAD

Imp. de EL MAGISTERIO ESPAÑOL.—10-10-922.

A QUIEN LEYERE

Es la fábula un poemita escrito con elegante sencillez, que oculta, bajo el velo de la alegoría, y tal vez con frívola apariencia, una enseñanza moral, una máxima profunda, que puede ser provechosa lección para encaminar al hombre por el sendero de la virtud a la posesión de la verdad y a la práctica del bien.

La influencia de la fábula es grande y bienhechora, sobre todo en aquella tierna edad de la vida en que el niño se deja llevar por el ejemplo animado más que por el precepto o la árida amonestación, y en que lo maravilloso produce en las almas infantiles singular encanto. Por eso ha sido siempre considerada la fábula como un elemento eficacísimo de educación moral.

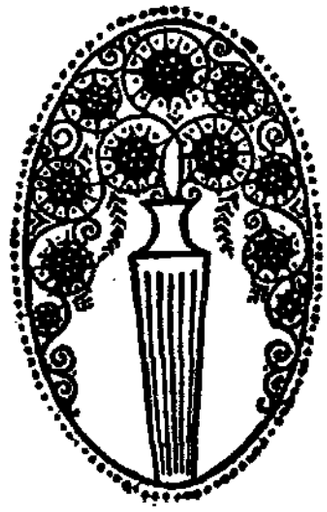
La acción de la fábula suele ser interesante por la intervención de los más variados sujetos, con caracteres manifiestos y distintos, a la par que movida y en ocasiones dramática; esto excita vivamente la atención de los niños, haciéndoles aplicar todas sus facultades a los personajes, al desarrollo de la fábula, a la máxima moral que de la misma se desprende, produciéndoles deleites indefinibles, y haciendo que se grabe todo ello poderosamente en la memoria.

No constituye por sí la fábula un verdadero género poético; en su composición pueden entrar todos los metros conocidos y campear los más opuestos tonos de la poesía, lo mismo el ligero del epigrama, que la ternura y concisión de la balada; el alto vuelo y propósitos generosos de la oda moral, que los rasgos descriptivos de la epopeya. Por eso requiere en el poeta, ya que no un encumbrado numen, claro conocimiento del arte y delicado ingenio;

por eso también una colección de fábulas constituye un elemento oportunísimo para la lectura expresiva y para la recitación escolar, que tanto puede contribuir, desde la edad infantil, a la apreciación de lo bello y a la formación del gusto.

Fuera necia pretensión en nosotros el creer que esta colección, que ofrecemos a nuestros comprofesores y discípulos, estaba formada por composiciones modelos en su género; pero podemos afirmar que han sido escritas pensando en la educación de los niños, y que casi todas las fábulas, antes de ser impresas, han sido leídas o recitadas por los niños en la escuela. Más que la obra literaria, hemos perseguido la educativa. Mucho celebraríamos que fuera en la escuela de provecho.

E. S.



FABULAS EDUCATIVAS

I.—ORIGEN DE LA FABULA

El camino de los ejemplos es más breve que el de los preceptos.

En los antiguos tiempos
hubo una edad dorada * (1)
en que la paz, la dicha
y buena fe imperaban.

Entonces las verdades,
tal como son de claras,
los hombres se decían
sin frases rebuscadas.

Dichosos, felicísimos
en la inocencia, es fama
que siempre por su nombre
las cosas se llamaban.

Todo era paz, concordia,
venturas y abundancia;
todo era amor, llanezas,
sinceridad preciada.

Pero pasó aquel tiempo
de sencillez tan rara;
pasó aquel tiempo, y se hizo
ya la verdad amarga.

(1) Las palabras marcadas con asterisco (*) deben consultarse con el *Vocabulario* que se inserta al final del libro.

¿Qué hacer para que entonces
el hombre la tragara?
A modo de una píldora
pensó alguien en dorarla.
Sentido dió a los brutos,
les dió acción y palabra,
y simulando en ellos
lo que en los hombres pasa,
preceptos y verdades
expuso en bellas máximas:
así creó el apólogo, *
y así nació la fábula. *

II.—EN LA CONSULTA DE UN MEDICO

La educación es
obra de toda la vida.

Dice al médico una madre
que sostiene un niño en brazos:
—Doctor, vengo a la consulta,
no porque esté mi hijo malo;
vengo porque le examine
su organismo y diga cuándo
será bien que yo principie
con seriedad a educarlo.
—¿Cuánto tiempo tiene el niño?
—Veinte meses mal contados.
—Señora, a mi cuenta, lleva
perdidos usted dos años.
Antes de nacer los niños
debe empezarse a educarlos:
de este modo es como vienen
al mundo ya bien formados.

—Pero en esta edad..
—La madre
debe a sus pechos criarlo;
lo ha de vestir con holgura
y darle frecuentes baños.
—¿Y después que haya crecido?
—¿Después ha de ejercitarlo
en virtudes de alma noble
y esfuerzos de cuerpo sano.
—Pero más tarde...
—Más tarde
le ha de hacer, doncel gallardo,
un hombre útil a su patria
y un cumplido ciudadano.

Que la educación no es obra
de uno, dos, tres o más años;
obra es de la vida entera
sin momento de descanso.

III.—LA VOCACION DE GOYA

Por falta de educación se han malogrado muchos talentos.

Haciendo largo camino,
un muchachuelo baturro *
iba detrás de su burro
en demanda de un molino.

Llegó, por fin, y, ligero,
de las gentes con asombro,
se echó la talega al hombro
y la llevó al molinero.

Y en tanto que la turbina *
del agua azotada vuela,
y con rapidez la muela
convierte el trigo en harina,
sale del portal el chico,
y con un cacho de teja
sobre la pared bosqueja
la planta de su borrico.
Un forastero que goza
viendo tanta habilidad,
—Ven, le dice, a la ciudad;
ven conmigo a Zaragoza.
Prendas tan sobresalientes
Luján* educó con celo,
y pronto aquel muchachuelo
fué el pintor Goya y Lucientes.*
De un muchacho esta ocasión
hizo un hombre esclarecido.
¡Cuántos genios se han perdido
por falta de educación!

IV —MANOLITO Y SU MAMA

No hay falta que,
al fin, no se descubra.

Manolito, un día,
solo en casa viéndose,
registró un armario
y cogió un merengue. *
—Nadie ha de saberlo,
dijo, relamiéndose;
yo jamás he visto
que mamá los cuente.

Mas al poco rato,
la conciencia al nene *
con dolor agudo
debió remorderle,
pues, pensó, mamaíta
dice que en la frente
las acciones malas
escritas se leen.
Empezó a lavársela
con jabón, tan fuerte,
que al instante roja
hubo de ponérsele.
Llega mamá entonces
y prorrumpe al verle:
—¡Tú has hecho algo malo;
léolo en tu frente!—
Quedó mudo el niño,
descubierto al verse,
y pensó: «*las faltas*
se descubren siempre.»
Para en adelante
quiero resolverme;
niño he de ser bueno,
cueste lo que cueste.

V. — TARDE DE NOVILLOS *

Toda falta da más
pesadumbre que placer.

Ya es la hora de la escuela;
ya del maestro siéntese la augusta voz;
pero el alma sólo anhela
campo libre, aventuras, diversión,

Y dos niños, muy ufanos,
van camino de un magnífico peral,
que al alcance de sus manos
les ofrece de los frutos un caudal.

Uno de ellos se encarama,
mas de pronto se desgarra el pantalón;
cae el otro de una rama,
y en el suelo viene a dar porrazo atroz.

Los dos quedan muy maltrechos,
los dos tiemblan cuando al amo ven allí;
toma nota de los hechos,
y al instante los entrega a un alguacil.

En su casa recibieron
a los nenes con su zurra y reprensión;
en la escuela se rieron
sus amigos, y el juzgado los multó.

¡Brava tarde!, se decían
los que tanto se pensaban divertir.
¡Brava tarde!, repetían,
pero nunca, nunca volverá a ocurrir.

VI.—LOS TRONCOS Y EL TALLISTA

El mérito se funda en las virtudes, no en el nacimiento.

Los recios troncos de un monte
que, por mala inclinación,
retorciéndose crecían
para su mengua y baldón,
viendo cómo, esbeltos, otros
lucían su majestad,

con saña y furor gritaban
que reinase la igualdad.

—¿No nacimos de una tierra?—
clamaban. —¿Qué pudo ser
que a unos condenen al fuego
y a otros lleven a un taller?—

Un tallista* llega entonces,
quien, con ingenio sutil,
despreciando los torcidos
elige cuatro entre mil.

Los demás, hacha afilada
corta y raja, y, en montón,
vendidos son para el fuego,
quemados sin compasión.

Estos protestan y gritan
que atruenan el robledal,
y el tallista les contesta:
—¿Por qué pedís suerte igual?

De una cantera, dos piedras
tienen tan distinto fin,
que de una sale una estatua;
de otra se hace un adoquín.

Entre los troncos del monte
hay que hacer separación:
unos servís para santos,
y otros para hacer carbón.—

Niños: ¿Habrá quien ignore
que en los hombres pasa igual?
Dos hermanos, uno es sastre
y otro, acaso, es general.

El ser de igual nacimiento
no implica igual aptitud;
muchos pobres fueron grandes
por ser grande su virtud.

VII.—LOS AFANES DE TÍA COLASA

Por atender a lo pequeño,
se olvidan cosas mayores.

Era tía Colasa
mujer muy de su casa,
y en los estivos meses,
al recoger las mieses,
sin curarse de fatigas ni sudores,
seguía a los tostados segadores
para buscar con incesante anhelo
las espigas caídas por el suelo.
No creo que tal cosa
bastara a acreditarla de hacend.sa,
aunque también es llano
que un granero se forma grano a grano,
y que, al obrar así, tía Colasa
fomentaba la hacienda de su casa.
Pero ocurrió que, en tanto
que sin ahorrar quebranto,
sudores ni fatigas,
llevaba ella a la parva unas espigas,
al ver el abandono en que dejaba
su agostero* las mieses que acarreaba,
de la era, unos rapaces
se le llevaban los pesados haces.
Resultando que si ella en importuno
trabajo acrecentaba como uno,
los otros, según cuento,
le hacían un perjuicio como ciento.

En coger el salvado hay quien se obstina
sin cuidar de la harina,
y ahorrando así los céntimos, ufano,
se le van las pesetas de la mano.

VIII.—DOS NIÑOS EN UN SALON

No basta saber; es menester practicar.

Dos niños, hermanos, entran
cierto día en un salón;
sombrero en mano, el pequeño;
sin descubrirse, el mayor.

La señora de la casa,
cuando a los hermanos vió,
dijo al mayor:—Tu hermanito
muestra buena educación.

Al entrar se ha descubierto;
mas por lo visto, tú no
sabes que hay que descubrirse
cuando se entra en un salón.

—¡Vaya una gracia!, responde,
muy sorprendido, el mayor:
mi hermano se ha descubierto,
porque se lo he dicho yo.

Celebraron la ocurrencia
los presentes a una voz;
comprendió el niño su falta,
y, avergonzado, salió.

Niños que vais a la escuela
y dais bien vuestra lección,
ved que si es bueno saberla,
el practicarla es mejor.

IX.—EL LABRADOR Y EL FABULISTA

La enseñanza debe ser patrimonio de todos.

Con ambas manos, en terreno inculto
encontré un labrador, que, diligente,
desparramaba a bulto
de mil fecundas hierbas la simiente.

Y viéndole esparcir con tanto anhelo,
me atreví a preguntar:—¿Por qué te afanas,
si en este ingrato suelo
siempre han de resultar tus siembras vanas?

—Señor—me contestó—, yo no pretendo
convertir este erial nunca en un verde;
pero, al sembrar, entiendo
que algo queda, pues todo no se pierde.

Tenga o no tenga un niño buen talento,
se le debe enseñar cuanto se pueda,
que si algo lleva el viento,
algo también que fructifique queda.

X.-LA RANA, EL GORRION Y LA ALONDRA

Por alto que uno esté, hay otro que está más alto.

Cantando ¡cra!, ¡cra! una rana
sobre un enhiesto peñón,
llena de orgullo exclamaba:
—¿Quién tan alta como yo?

Desde la copa de un árbol
la escucha atento un gorrión;
suelta el pico y chilla:—Tonta,
¿no miras dónde estoy yo?

¿Te compararás conmigo,
que, en vuelo siempre veloz,
salvo las más altas torres
con grande audacia y valor?

Soy pequeño entre las aves,
mas ventaja a nadie doy,
que adonde otros subir puedan
también puedo subir yo.

—Charlatán, dijo una alondra,
tú siempre has de ser farol,
y mequetrefe, y menguado,
de las aves deshonor.

Quien alza su raudo vuelo
por los espacios soy yo;
yo, que encima de las nubes
discanto himnos al Señor;

pero más sube la garza;
más que la garza, el halcón;
más aun que el halcón, el águila;
más que el águila, el condor.

Sobre ellos está la luna;
sobre la luna está el sol;
sobre el sol, cuentos* de estrellas;
sobre las estrellas, Dios.

Quien alto se cree, que tienda
sus ojos en rededor,
y verá que pronto encuentra
motivos de humillación.

XI—POR FIARSE DEL PARAGUAS

Los buenos amigos se prueban en la adversidad.

Salía Luis al campo
el paraguas tendido,
desafiando las cerradas nubes
que amenazaban convertirse en ríos.

Era la lluvia suave
y le prestaba abrigo
el flamante paraguas; mas, de pronto,
retumba el trueno con fragor horrísono.

El temporal arrecia;
el viento embravecido
vuelve el paraguas del revés; las nubes
copiosas vierten su caudal prolijo.

Y era cosa de verle
por entre aquellos trigos
a su casa tornar hecho una sopa
mi buen hombre, el paraguas recogido.

Paraguas inservible
será siempre el amigo
que nos brinda favores en la dicha
y nos vuelve la espalda en los peligros.

XII.—CARLOS V Y EL TIZIANO

A tal señor, tal honor

Se hallaba el Tiziano* un día
dando sus últimos toques
a un cuadro, cuando en la cámara
el rey don Carlos* sentóse.

Fuera turbación, o fuera
que el pintor anduvo torpe,
cayóse un pincel, y al punto
el rey se abaja y lo coge.

—¡Señor!—le dijo el Tiziano
con mucha humildad—, ¿de dónde
merezco yo que un monarca
como vos así me honre?

Con dulce, afable sonrisa,
Carlos quinto le responde:
—Yo soy rey de mis vasallos;
vos lo sois de los pintores.

Llenóse el pintor de gozo
oyendo estas expresiones,
y el rey se sintió más grande
al obrar acción tan noble.

XIII.—EL ASNO Y EL HOMBRE

Más vale obrar de
grado que por fuerza.

Teniendo un asno que pasar un puente
por donde otros pasaban de continuo,
paróse de repente
en medio del camino.
El jinete apretó con los talones;
pero el asno, ¡que nones!;
le tiró del ramal con desenfado;
pero el asno, ¡parado!;
se baja el hombre y marcha por delante;
pero el terco animal ¡sigue en su plante!

Empuña ahora en la mano
su vara de avellano,
y de palos le da soberbia tanda,
alternando por una y otra banda.
Viendo sus ancas recorrer parejas,
empina el buen borrico las orejas,
encoge la nariz, aprieta el rabo
y arranca al fin y al cabo,
pasando el puente en tan veloz carrera,
que pasara tres más si tres hubiera.

Antecogióle el hombre después de esto,
y montándose presto
le dijo al animal:—¿Qué has conseguido
con plantarte y haberme disgustado?
que a palos te he molido;
que debías pasar, y... que has pasado.

Si cumplir un mandato te es forzoso,
no seas perezoso,
ni insistas en no hacerlo tercamente,
que has de librar mejor siendo obediente.

XIV.—LA PARRA Y LA CEPA

Vivir en silencio haciendo el bien es una dicha.

Por encima de las altas
copas de un olmo, tendía
sus vástagos una parra
luenga, trepadora, altiva.

Al pie del olmo una cepa,
tan humilde como rica,
sus frescos racimos de oro
de los sarmientos pendía.

La parra, muy orgullosa,
mirándose desde arriba,
le dijo a la cepa:—Hermana,
¿cómo de medrar no cuidas?

¿Ves cómo mis verdes hojas
orea blanda la brisa?
¿Ves cual triunfo y reino y salgo,
de los olmos por encima?

En dar uvas no me afano,
que jugos y fuerzas quitan;
audaz, por buen árbol trepo
y así mis vástagos brillan.

—Déjame—dijo la cepa—
de ilusiones y mentiras;
yo sí que gozo aquí abajo
dichosa en la medianía.

¿Para qué altezas que impropias
fueron de nuestra familia?
¿Para qué apoyos prestados
que al faltar cuestan la vida?

Más vale el silencio grato
de este olvido; más me anima

pagar al hombre en racimos
el afán con que me cuida;
y cuando ya vieja y pobre
quiera arrancarme, bendiga
mi fecundidad, me queme
y aun recoja mis cenizas.

Armado un mozo de hacha
afilada que al sol brilla,
en busca de olmos fornidos
a la olmeda se encamina.

Y viendo aquel alto y recio
que a la parra sostenía,
separa ésta de un hachazo
y al suelo el olmo derriba.

La parra murió, y la cepa
consideraba y decía:
—¡Oh qué dulce es el silencio
del olvido en esta vida!

Jóvenes que por la gloria
sufrís tan amargas cuitas;
huid el ruido; más dulces
son las horas más tranquilas.

XV.—LA CASA PATERNA

En el hogar se concentra el amor de la familia.

Mi casa es pobre, mas tengo
dentro de ella abrigo y pan;
tengo padres, tengo hermanos;
¿qué más puedo desear?

Mi padre cuida los campos;
mi madre rige el hogar;
mis hermanos les ayudan;
todos trabajando están.

Yo, que soy niño y los veo,
me contento con andar
del uno al otro, llevando
con un beso amor y paz.

¡Oh casita venturosa!
¡Oh amable y caliente hogar!
¡Oh familia dulce y cara!
¿Cómo se os podrá olvidar?

XVI.—FLORES TEMPRANAS

Los talentos prematuros
fácilmente se malogran.

Te empeñas, hijo mío,
en dar a luz tus versos juveniles,
sin ver que es desvarío,
propio tan sólo de los veinte abriles,
querer lanzarse en caudaloso vuelo
y cernerse en los ámbitos del cielo.

No sabes que tus alas
son débiles y cortas todavía,
y en las etéreas salas
más vigor se requiere y bizarría,
so pena de, al querer ser elevado,
cual Icaro,* venirse despeñado.

Responderás que hay flores
que entreabren sus pimpollos en febrero,

y almendros seductores
que en flor muestran su fruto lisonjero.
¡Flores tempranas!... Tu razón admito,
pero a pruebas más claras te remito.

Esfuérzase temprano
en hacer el almendro primavera;
de flor se viste ufano,
que en dulce fruto convertir espera;
pero si sopla encrudecido el viento,
le roba el fruto en flores al momento.

Prevén el cierto daño
esperando algún tiempo. Ya habrá día,
sin triste desengaño,
en que logres aplauso y nombradía.
Mas si el necio en su arrojo halla la afrenta,
tú, más cuerdo, en sus daños escarmienta.

XVII.—LA OVEJA Y LA TORTOLA

Más noble es sufrir el
dolor que producirlo.

Balaba una mansa oveja
con el dolor más profundo,
que un lobo le arrebataba
su recental tierno y único.

Tales eran sus balidos,
trémulos, quebrados, mustios,
que enternecidas las aves
el bosque dejaban mudo.

Y una tórtola doliente,
de la rama de un robusto
y alto roble, este consuelo
dábale en su blando arrullo:

No bales tan triste, oveja,
que aunque tu dolor es mucho,
sabes muy bien que es más noble
ser víctima que verdugo.

XVIII.—EL TOMILLO Y LA CAÑA

La oración humilde y silenciosa
abre las puertas del cielo.

En las verdes orillas que el Ebro* baña,
creció una frágil caña,
tan alta como hueca y vanidosa,
y a un tomillo que, humilde, en el secano
floreció, y se escondía nada ufano,
decía la orgullosa:
—Paréceme, tomillo desdichado,
que es ingrata y ruin vuestra ralea.
¿No ves cómo yo doy al viento alado
cuando mi tallo orea
suavísimos rumores
que en vagaroso vuelo,
pagando así rocíos y favores,
para honrar al Señor suben al cielo?
Y el tomillo a la caña respondía:
—Silenciosos y humildes, cada día,
con dulce amor, desde las altas lomas,
nosotros a porfía
le damos al Señor gratos aromas.

Tal vez el vil hipócrita, cual caña,
que con su ruido y apariencia engaña,
se burla del que rústico y sencillo
da al Señor los aromas del tomillo.

XIX.—LA MARIPOSA Y LA AVEJA

El estudio provechoso
requiere atención y calma.

Una mariposilla,
de flor en flor volando,
sin detenerse apenas
corría todo el prado.

En sus variantes giros,
salió una abeja al paso,
que dijo:—Son tus vuelos
inútiles y vagos.

¿A qué dar tantas vueltas?
¿A qué agitarse tanto?
¿Tus galas y colores
es por lucir acaso?

Ya que graciosa y leve
giras en vuelos raudos,
procura que ellos sean
de utilidad en algo.

¿No ves cómo nosotras,
solícitas libando
el néctar de las flores,
panales fabricamos?

¿No ves cómo las mieles
al hombre son de agrado,
y nuestra cera alumbra
delante del sagrario?

La leve mariposa,
sin el menor cuidado,
sobre las bellas flores
siguió revoloteando.

Hay niños mariposas,
que huyendo del trabajo,
de palabra en palabra
de un libro pasan rápidos;
pero hay niños abejas
que estudian más despacio
y las ideas liban
que encierran los vocablos.

XX.—LAS DOS OLAS

Más se saca con dulzura
que con aspereza.

La ola suave, mansa,
que riela y se desliza,
si céfiro la riza,
sobre tranquilo mar,
ondea, y en la arena,
con gentileza suma,
corónase de espuma
las playas al besar.

Mas la soberbia ola
que el ábrego levanta,

se estrella y se quebranta
contra la roca en pie;
y torna, y vuelve, y siempre,
con furia estrepitosa,
contra el peñón, sañosa,
redobla su altivez.

Así, a la voz humilde
del hombre que suspira,
quebrántase la ira,
se aquieta el corazón;
pero a la voz que vibra
fogosa y altanera,
la cólera exaspera
y enciende la pasión.

XXI.—EN LAS BODEGAS DE CARIÑENA

Quien menos vale es quien
más abusa de recomendaciones.

A las del campo de Cariñena, *
ricas bodegas, llegó un francés,
y, una tras otra, todas las cubas,
pipeta* en mano, probando fué.

Llegó a una grande de vino añejo;
míralo y prueba con gran placer;
alza la vista y entrambas manos
sobre su pecho cruza después,
como diciendo:—Cosa más rica,
ni yo he bebido, ni puede haber,
néctar divino que en copas de oro
puede en su mesa servirse al rey.

Llegaron a otra, soberbia cuba,
llena de añejo vino también,
y en alabanzas se le deshizo
el dueño, atento sólo a vender.

Probóse el vino; no era tan bueno,
y al amo entonces dijo el francés:
—¿Por qué sabiendo que éste es más flojo
no calla ahora o ensalza aquél?

—Señor, responde con gallardía,
franco y sesudo el aragonés:
Lo que no vale, se recomienda,
que lo que vale no hay para qué.

Si a oposiciones vas algún día,
Fabio querido, verás muy bien
que más intriga quien menos vale,
porque comprende lo ha menester.

XXII.—LA MONEDITA DE ORO

No engañéis jamás a los niños.

Para premiar el vehemente anhelo
que en el estudio demostró Teodoro,
le dió un día su abuelo
una brillante monedita de oro.
La infantil alegría
del muchacho llenó la casa entera,
y en su candor le preguntó María
con cara placentera:
—¿Dime, Teodoro, dónde
este precioso mineral se esconde?
¿Es verdad que metal y piedras finas
suelen sacarse de profundas minas?—

Yasí a la nena contestó su hermano:
—Estas monedas de oro, tan brillantes,
en el huerto las siembra el hortelano,
y después se cosechan con la mano
cual si fueran guisantes.—
Con dejos insinuantes
la risa en labios de la niña asoma,
mientras Teodoro, ufano,
ríe a escondidas la inocente broma.

Un día hubo corrido;
rabioso, enfurecido,
rompe el muchacho en incesante lloro
con triste desconsuelo.
¿Qué tiene? Que ha perdido
la monedita de oro,
la monedita que le dió el abuelo.
Con afán todo el día la han buscado,
pero inútil tarea.
Por fin se ha averiguado
que, abrigando en la mente falsa idea,
la niña la ha cogido y la ha sembrado;
mas no sabe de cierto
en qué paraje la sembró del huerto.

Esto prueba, lector, que ni aun en chanza se ha de mentir a un niño en la enseñanza.

XXIII.—EL HALLAZGO DE LA NUEZ

Más vale un mal arreglo
que un buen pleito.

Luisa vió una nuez hermosa
del nogal recién caída;
mas, porque algo se descuida,
corriendo la coge Rosa.
—Mía es. La vi la primera,
dice Luisa. —Eso no es cierto,
contesta Rosa, que al huerto
yo entré por ella ligera.
Salta Luisa: —No me avengo;
porque es mía te la pido.
—No es tuya; yo la he cogido,
grita Rosa, y yo la tengo.
En esto llega Patricio,
y tomándoles la nuez,
—Yo seré aquí, dice, el juez
que ha de sentenciar el juicio.
Y como en las pruebas hallo
de las dos justas razones,
para evitar más cuestiones
entre las hermanas, fallo:
Que debo, por ley forzosa,
dar una cáscara a Luisa;
la otra cáscara, precisa
que haya de entregarla a Rosa;
y por quererlo el prestigio
del juez, que el derecho acendra,
me quedo yo con la almendra
para gastos del litigio.

Protestaron, pero en vano;
pues, cuando mirar quisieron,
con no poco asombro vieron

que se la comió su hermano,
quien les decía entre dientes:

—En los pleitos, sólo el juez
es quien gana; así, otra vez,
procurad ser más prudentes.

XXIV.—LAS DOS NAVES

La codicia rompe el saco.

Arribaron dos naves venturosas
a un puerto del Perú*, donde abundosas
en metal, piedras, plumas y rarezas,
hallaron cuantiosísimas riquezas;
no había más que hacer que amontonarlas,
cogerlas y embarcarlas,
y volviéndose al mar con viento en popa,
venir a disfrutarlas en Europa.

Con este pensamiento,
por lo altanero, loco,
mostrando una contento,
cargaba y más cargaba, tan sin tiento,
que todo, al parecer, érale poco.
Más prudente la otra, con mesura
tomó sólo la plata que, más pura,
a los rayos del sol resplandecía.

Cuando al siguiente día
se hicieron a la mar, vióse velera
con su carga ligera
la segunda, a favor del suave viento,
surcar feliz el líquido elemento.

En tanto, la primera
se vió siempre forzada,
con su peso, a quedarse rezagada,
y, a la postre, juguete de huracanes,
se hundió antes de llegar al Magallanes. *

No codicies sin tino y sin medida,
pues se ve en esta vida
que, por diverso modo,
todo lo pierde quien lo quiere todo,

XXV.—EL SASTRE Y LA ZARZA

El hombre miedoso vese
como cohibido y anulado.

Era un sastre que volvía
cierta noche de un lugar,
cuando al descuido la capa
se le clavó en un zarzal.

El sastre tira adelante;
la zarza tira hacia atrás;
un largo rato estuvieron
porfiando los dos allá.

Hasta que, rendido, el sastre,
presa de un miedo cerval,
sin volver los ojos, dice:
—¡Mis hijos no tienen pan;

Ya véis que la noche es larga,
lóbrega y fría además;
tomad, si queréis soltarme,
mi pobre, entero, jornal!—

Mas no se ablandan espinas
con ruegos, y el mismo afán
que en apresarle mostraron
mostraban en no soltar.

Así pasaron entera
la noche: sin caridad,
clavada la zarza; el sastre,
sin volver la vista atrás.

Hasta que el día amanece,
y con cautela sin par,
vase volviendo y se encuentra
mi sastre con el zarzal.

Indígnase; las tijeras
blande y dice: —¡Voto va!
Si hombre fueras y no zarza,
murieras aquí: ¡tris!, ¡tras!

Cuando fuera del peligro
se ve el hombre, ¿que no hará?
Pero, ante él, teme y se calla
el que menos y el que más.

XXVI.—LA SARTA DE PERLAS

Soñando en lo imaginario, se pierde tal vez lo que se posee.

Cansado un día de escuchar Neptuno *
los tristes ruegos de un mortal, «Trabaja,
le dijo el dios, con verdadero ahinco,
que el premio de tu afán será una sarta
de hermosas perlas que en los mares guardo,
para ofrecérselas a quien más me plazca».

Humilde el hombre, con placer escucha
las dichas por el dios bellas palabras;
y tal con celo a trabajar se inclina,
que pronto el premio de Neptuno gana,
y, entusiasmado, entre sus dedos cuenta
la rica en perlas prometida sarta.

El gozo entonces le rindió, y dormido
quedó en la orilla de la mar. Soñaba
que rey lo harían de su pueblo en cuanto
lo vieran rico cual ninguno, y tantas
maravillas al cabo de él se oyeran,
cual de otro Salomón que nunca acaban.

Soñaba así, mientras arrullo blando
le dan las olas que en la extensa playa
tranquilas ahora y espumosas llegan;
ahora resuenan al batirse bravas,
y una más gruesa, al retirarse, torna
al mar las perlas de la rica sarta...

Despierta el hombre de su sueño. Mira
furioso en torno, y a Neptuno clama.
Pero Neptuno desde el mar, tremendo,
le dice al hombre: —*¡Oh mortal! No basta*
que celo muestres en ganar; precisa
que pongas a recaudo lo que ganas.

XXVII.—EL ARROYUELO

Mostrad al joven el
camino de la vida.

De un peñascal enorme,
rompiendo el duro seno,
brotó copiosa fuente,
que se hizo en la llanura un arroyuelo.

¡Qué bellas esperanzas
las tierras concibieron
al verle! ¡Con qué gozo
sentían sus murmurios lisonjeros!
Mas la ignorancia u otra
mala influencia luego
cambió su curso, y campos
estériles regó, cuestas y llecos,
donde espinosas zarzas
pujantes florecieron;
ortigas negras, cardos
y plantas productoras de venenos.
Detúvose en remansos;
menguó el caudal, y presto
se lo sorbió la arena
sin haber sido a nadie de provecho.
Así pasa en el mundo
con jóvenes talentos;
a veces se malogran
por no haber quien les marque buen sendero.

XXVIII.—LAS AVES AUDACES

Antes de empezar una obra
debe ser bien meditada.

De Cádiz* partieron
en gruesa bandada
cien aves, el clima
buscando de Africa.
Audaces algunas,
ya puestas en marcha,
dijeron:—Viremos
con rumbo a Canarias. *

¿Qué puede asustarnos?
¿El mar con sus aguas?,
¿el sol con sus rayos?,
¿la mucha distancia?

Todo ello se vence
con brío y pujanza.
¿No son fuertes remos
nuestras fuertes alas?

¡Allí, qué venturas
después nos aguardan!
¡Qué fértiles campos!
¡Qué bosques!, ¡qué playas!

En esto divisan
dos naves cercanas,
y en sus altos palos
algunas se paran;

pero otras, más fuertes,
de soberbia hinchadas,
—¿Para qué, les dicen,
os prestó el cielo alas?

¿No será deshonra
para nuestra raza
que toméis auxilio
sin haceros falta?

Asintieron todas
en tal petulancia.
Refuerzan sus vuelos,
redoblan sus ansias,

y cuatro horas siguen
sin hallar más que agua,
sin comer un grano,
sin plegar las alas.

Mas después, una a una,
de volar cansadas,
sucumbieron todas:
castigo a su audacia.

No acometáis nunca,
por simple humorada,
empresas que mucho
debáis meditarlas.

XXIX.—EL BURRO Y EL ARRIERO

Los remedios son más útiles
cuando son más oportunos.

De tan poco comer y tanto palo,
el jumento de Blas se puso malo;
pero era asno de raza, y claramente
se deja aquí entender que era paciente;
creyeron que su mal sólo era vicio;
no aliviaron en nada su ejercicio,
y en vez de darle la ración más larga,
doblar hicieron su pesada carga,
sin abrigar temor de que un momento
pudiera dar en tierra el buen jumento.
Así, pues, sucedió... Mas como viera
el amo cuánto el burro le valiera
y cuánto le importaba a él el salvarle,
al instante dispuso descargarle,
dejar sus largos viajes en suspenso
y echarle en el pesebre doble pienso.
Pero inútil afán. Ya no podía
tenerse el burro en pie; ya se moría,
rebuznando:—Señor, ¿no adivinabas

que con trato tan fiero me matabas?
Bien lo dice el refrán, y veo al cabo
que «al asno muerto, la cebada al rabo».

Si corregir un mal quisiere alguno,
que aplique los remedios oportuno,
y no haga de evitarlos necio alarde,
que inútiles serán si llegan tarde.

XXX.—COMO EMPIEZA Y COMO ACABA

Vigilemos los primeros pasos.

No sabiendo resistirse
a la tentación maldita,
robó Juan una estampita
a un niño, por divertirse.

Comprendió lo mal que hiciera
robando esta pequeñez,
pero se guardó otra vez
de una niña la pulsera.

Vendió el robo, y, halagado
con su precio el inocente,
del vicio ya en la corriente
sintióse precipitado.

Poco a poco se hizo un pillo,
que, sin que nada le aflija,
roba un día una sortija
y al otro roba un bolsillo.

Y aun con destreza no escasa,
cuando en la corte pasea,
ya un reloj escamotea,
ya entra a robar una casa.

En fin, las mil ocasiones
le hicieron, según se siente,
ladrón corriente y moliente
entre todos los ladrones.

Se le persiguió por falso;
por ladrón anduvo huído;
pero por fin fué aprehendido,
y a morir subió al cadalso.

—Ved, le dijo a quien le ataba
las manos, ved mi vileza,
que en una estampita empieza
y en este suplicio acaba...

Si has dado un tropiezo vil,
segunda vez no tropieces,
que quien tropieza dos veces
tropieza doscientas mil.

XXXI.—LA CUESTA Y LA LLANURA

A las grandes subidas suelen
suceder rápidas bajadas.

A la feraz llanura
que al pie de una montaña se extendía,
desde los picos de enriscada altura
la cuesta le decía:
—Aunque por senda llana,
cómodo al hombre a tu confín lo llevas,
con ello, ¿me dirás qué es lo que gana?
Después de tanto andar, ¿cuánto lo elevas?
—Tienes razón, contesta la llanura;
no levanto yo rápida a la altura

donde el hombre se finge los honores;
mas doy triunfos mayores
con más dulce y serena y larga vida,
mientras tú dondequiera eres notada,
que en las cuestas, detrás de la subida,
se esconde inevitable una bajada.

¡Oh aquellos que a la cumbre
llegasteis del poder! Sin que os deslumbre
vuestro altísimo honor, tened presente
que no hay cumbre sin áspera pendiente.

XXXII.—EL RATONCILLO, LA RANA Y EL GATO

La malicia suele enredarse
en sus propias redes.

Por tierras desconocidas,
un ratoncillo inocente
caminaba
feliz, porque, en las guaridas,
donde hincar su agudo diente
siempre hallaba.

Cierto día, un arroyuelo
vino a cortarle el camino
por acaso,
y en profundo desconsuelo
decía triste y mohino:
—¡Ya no paso!—

Cuando una traidora rana,
con doblez y con engaño
manifiesto,

díjole:—Si tanta gana
de pasar tiene, yo apaño
barca presto.

Atémonos con un hilo
pata a pata, y yo le juro
por mi estrella,
si a la otra orilla me enfilo,
que a su merced bien seguro
planto en ella.—

Atáronse; entró la rana
dentro del agua, y remando
discurría,
aunque mañosa y ufana
hundirlo al pasar nadando
pretendía.

Mas cuando ya atontecido
se ahogaba el ratón, un gato
traicionero,
echando el guante fornido,
díjole:—Ven a mi plato,
compañero.—

Salió el ratón; mas sin duda
que, por el hilo, al instante
fué el ovillo;
y así, rana tan aguda,
fué a dar en el férreo guante
de otro pillo.

¡Oh! Siempre pluguiese al cielo
que cual la rana cayeran
los taimados,
y que, al realizar su anhelo,
en sus propias redes fueran
apresados.

XXXIII.—EL ENTUSIASMO DE LAS TURBAS

Las turbas no piensan, sino
que obran por ciegos impulsos.

Después de sostener con sus vecinas
una sangrienta, enfurecida lucha,
las indómitas tribus de Ratópolis,
vencedoras, en recia turbamulta,
vense correr a celebrar el triunfo,
presentimiento de la paz augusta
que habrá de dar inmarcesible gloria
y eterno lauro a su ciudad. Con rústica
mano, entretejen en guirnaldas flores,
que las entradas de sus hondas grutas
han de adornar. En fraternal banquete,
luego en los campos a comer se juntan,
y porque nada al entusiasmo falte,
tras de manjares que la boca endulzan,
cigarras piden que en los olmos canten
y al son bailar de tan alegre música.

Se bebe y grita. Las cigarras llegan;
el baile empieza, la algazara y zumba,
mostrando las parejas ratoniles
su expansión, su entusiasmo, su locura.

Entonces se alza Roepán, famoso
adalid de antiquísima, alta alcurnia,
el más anciano de la tribu; el único
que muestra allí mal reprimida angustia,
quien les dice: —¡Mejor que en tales fiestas,
el botín emplearais, gentes rústicas,
en socorrer a los que están heridos
de la refriega, en amparar las viudas!—
¿Qué quiso el pueblo oir? Chilla, le cercan
al prudente ratón, y en furibundas

voces le acosan, le amordiscan, muere...,
y sigue el baile y la algazara y música.

Tal es también la condición humana;
no déis consejo a la agitada turba,
si no es para halagarla en sus pasiones,
si no es para aplaudirla en sus locuras,
pues al consejo os opondrá la risa,
y a la razón os opondrá la burla.
Dejad tranquilos que la fiebre pase,
y acaso entonces os escuche muda.

Razones son razones, pero deben traerse en ocasión: ser oportunas.

XXXIV.—LUCAS Y LA MONTAÑA

Mirando las cosas de cerca se ven sus imperfecciones.

Desde lejos vió Lucas
alta montaña,
y, al momento, juzgóla
rica y poblada;
pero, acercándose,
no encontró sino riscos
y cantizales.

Desde lejos son bellas
las cosas siempre;
desde cerca, sus galas
desaparecen.
¿Pero qué extraña?
¿No son siempre risueñas
las esperanzas?

XXXV.—LA LOTERIA

Trabajo y economía
son la mejor lotería.

Después de estar jugando un año entero,
le cayó a don Crispín la lotería.
¡Con qué dulce alegría
cobró el montón enorme de dinero
que en buena plata le pagó el lotero!

—Me vino Dios a ver. ¡Oh!, se decía,
suerte ha sido ésta que mayor se augura.
Cuando no había en casa ni una pieza
de plata, la Fortuna con riqueza
me brinda, y con placer y con ventura.
¿Y habré de abandonarla? No; no debo
despedirme como hombre mal nacido;
antes debo jugar, jugar de nuevo,
mostrándome al favor agradecido.—

Y jugando siguió; mas jugó tanto,
que al poco tiempo el infeliz decía:
—Funesta lotería,
que en mi hacienda se nota ya quebranto;
y si en gozo nadar me vió algún día,
¡temo que me ha de ver nadar en llanto!—

Mas no por eso de jugar se enfada;
en cuanto ve un despacho, allí se mete,
y toma su billete
con el placer de la extracción pasada,
soñando con la suerte venturosa
que, haciéndole feliz, pueda al momento
transformar su existencia tan penosa
en el plácido holgar del opulento.

Mas no sucedió así, sino que un día
clamaba don Crispín: —¡Oh suerte ingrata!,
que si fué mi ilusión la lotería,
ella me empobreció y ello mata...

No eches por el atajo
si quieres rico ser, que os perdería;
la mejor lotería es el trabajo,
unido a una prudente economía.

XXXVI. — EL MUCHACHO Y LA PISTOLA

Los malos amigos suelen
producir muchas desazones.

Un mocito, aunque joven, ya espigado,
travieso por demás y vocinglero,
tenía precisión de un compañero
para poder reñir; que aunque enfadado
le gusta hacer de valentón alarde,
ni a él mismo se le oculta que es cobarde.

Saliendo, pues, de casa una mañana,
encontróse en la calle una pistola
sin descargar aún; la vió, cogióla,
y hallándola tan linda y tan liviana,
—Topé, dijo, un valiente y buen amigo;
¡que vengan a reñir ahora conmigo!—

Es el arma primera que maneja,
y al quererla entender para un apuro,
soltándosele un tiro mal seguro,
le partió al infeliz en dos la oreja.

Otros chascos como éste, y bien me fundo,
dan los malos amigos en el mundo.

XXXVII.—EL LABRIEGO Y EL ESPINO

Para destruir el mal hay
que arrancarlo de raíz.

A la orilla de un campo, duro espino
se elevaba arrogante y punzador;
lo vió un labriego, y por el tronco, airado,
de un golpe con la azada lo cortó.

Al pronto desaparece; pero luego
brotan cien tallos con pujanza atroz;
vuelve el labriego, de raíz lo arranca,
y tronco y tallos y raíz quemó.

Campo es el pecho donde el vicio arraiga,
donde brota pujante la pasión.
Joven amable, extirparás el vicio
si lo arrancas de raíz; mas si no, no.

XXXVIII.—LA IGUALDAD

La Naturaleza muestra que
la desigualdad es necesaria.

Un tiempo de los dioses inmortales,
los dedos de las manos consiguieron
en todo y para todo ser iguales;
pero al ponerse a trabajar se vieron
en tal aprieto y en apuros tales,
que a los dioses perínclitos pidieron
volvieran a ponerlos desiguales.

Cuántas veces los hombres han pedido,
y aun piden con ardor indescriptible,
¡la igualdad!, ¡la igualdad! Y es bien sabido
que con ella la vida es imposible.

XXXIX—EL JUICIO DE LA CABRA

No la hagas y no la temas.

Haciendo una caravana
descanso en moruno zoco, *
a un árabe* le robaron
un par de zarcillos de oro.
¿Quién era el ladrón? Podía
presumirse que entre pocos
se había de hallar. Descubrirlo
se consiguió de este modo.
—Tengo ahí dentro, dijo el árabe,
una cabra, que si todos
la tocan ha de advertirme
qué manos han hecho el robo.
—Cabra singular es esa,
dijeron; veamos cómo
dice esa cabrita aquello
que no podemos nosotros.—
La ungió a hurtadillas el árabe
de aceite; de uno a uno, todos
fueron entrando, y las manos
pasáronle por el lomo.
Todos las manos sacaban
con señal de aceite; sólo
pudo uno mostrarlas limpias,
y ese fué quien hizo el robo.
Temiendo ser descubierto,
no tocó a la cabra, y pronto
la limpieza de las manos
mostró el delito en el rostro.

Huid, niños, las mentiras
y culpas que dan sonrojos:
al mentiroso, en el mundo
se le coge antes que al cojo.

XL.—EL CICLISTA Y EL MEDICO

En las nobles empresas no deben
desanimarnos las contrariedades.

Montó Luis una tarde en bicicleta
con tan mala fortuna,
que vino al suelo y dislocóse un brazo
cuando quiso doblar, raudo, una curva.
Viendo el desaguisado, dijo el médico
al hacerle la cura:
—¿Es hoy la vez primera que usted monta?
—No, señor, contestóle; ¡esta es la última!—
Sufrir cualquier percance en una empresa,
lamentable es sin duda;
pero eso que al cobarde le amilana,
más al hombre animoso le estimula.

XLI.—EL TONEL VACIO

En el mundo suele sonar
más lo más vacío.

Por la calle abajo viene,
viene rodando el tonel,
dando tumbos y más tumbos
sin detenerse una vez.

Las gentes, oyendo el ruido
que hace al rodar, sin saber
qué puede así producirlo,
se asoman a ver lo que es.

—¡Buena marcal, dicen todos
cuando de cerca lo ven;
vino es del más exquisito
que se almacena en Jerez. *

Mas por qué tan grande estrépito
hace al rodar. —¿Que por qué?
Porque está vacío y hueco
tanto ruido hace el tonel.—

Lo mismo que en los toneles
en las personas se ve:
los hombres que menos valen,
más ruido suelen meter.

XLII.—LOS MIMOS DE FERNANDO

El mimo está reñido con
la buena educación

Una tarde, Fernando,
horas enteras se pasó llorando;
y su madre, afligida,
le mimaba, temiendo por su vida.
—¿Quieres pan, hijo mío?
—No; ¡que está du-ro y se lo ti-ro al río!
—¿Quieres que te haga un huevo?
—No; ¡que co-mi-dos más de vein-te lle-vo!
—¿Quieres torta y manteca?
—No; ¡que la torta e de-ma-sia-do se-ca!
—¿Quieres pastel, Fernando?
—No; ¡que es pe-que ño y a-de-más mu blan-do!—
Y la madre, que lo ama,
le dió una zurra y lo metió en la cama,
que, en ciertas ocasiones,
las zurras valen más que las razones.

XLIII.- EN LA ANTESALA DE UN MINISTERIO

El hombre trabajador es
digno siempre de aprecio.

Dos hombres esperan turno
de un ministro en la antesala;
uno es maestro de obra prima;
otro abogado se llama.

Cuando llega, y ya están solos,
el momento de la entrada,
por quién ha de ser primero,
tremenda disputa entablan.

—¿Quién es usted, el abogado
con mofa y desprecio exclama,
sino un bajo zapatero
que a sus excelencias calza?

—¿Y usted, el otro contesta
con mucha cólera y rabia,
es más que vil pretendiente
que adula a la par que engaña?—

El ministro que los oye
sale súbito y les habla:
—El bien obrar, no el oficio,
es lo que al hombre levanta.

Más noble es un zapatero
que por su jornal trabaja,
que un abogado que intriga
y para medrar se arrastra.

No menospreciéis al pobre
que el pan con su oficio gana:
una mano encallecida
es siempre una mano honrada.

XLIV.—EL NIÑO Y LA LLUVIA

Los beneficios deben hacerse con predilección donde más se necesitan.

Pensativo se halla el niño,
pensativo en su lección,
cuando de la lluvia viene
a distraerle el rumor.

Plic, ploc; plic, ploc, pega el agua
sobre el crislal del balcón,
cual si insistente llamara
con dulce y mágica voz.

—No insistas, amiga lluvia,
dice el niño, y ve con Dios;
quien por ti ha tiempo suspira
es el pobre labrador.

Plic, ploc; plic, ploc, en los cristales
sigues dando con furor,
y es en balde, que por eso
no te he de abrir el balcón.

¡Vete al campo! Allí los trigos,
allí la hierba y la flor,
en ti cifran su esperanza,
en ti y en el tibio sol.

No seas más importuna,
pegando plic, ploc; plic, ploc;
déjame en paz y ve al campo
con el céfiro veloz.

Dame allí pan en el trigo;
dame allí fruta en la flor;
dame allí vino en la viña
y haz que el campo alabe a Dios.

XLV.—EL SAUCE Y EL RIO

En el mundo, unas a otras,
todas las cosas se completan.

Una mañana del ardiente estío,
espléndido al nacer el claro día,
tendido yo sobre la hierba, oía
hablar un sauce con el manso río.
—Después que abril te dió fresco rocío,
y agosto te negó el que dar solía,
el río en sus murmullos le decía:
—¿Qué fueras tú sin mí, sauce sombrío?,
el sauce contestó:—¿El río qué fuera
si mi sombra del sol no le guardara
y los vientos mi copa detuvieran?

Del árbol la razón está bien clara,
pues no hay ser en el mundo que viviera
si su auxilio otro ser no le prestara.

XLVI.—LA BUENA EDUCACION

Si quieres que te consideren, empieza por considerar a los demás.

Cuéntase que allá en Colombia, *
No lejos de Santa Fe, *
paseábase en sus haciendas
el general Santander. *

Cuando entró un fatuo y le dijo
muy ufano y descortés,
tomándole por un guarda
de la hacienda:—Yo no sé

cuál es el nombre del dueño
de esta finca; pero usted
diga que me he permitido,
cazar en ella.—¡Está bien!,

dijo el general. Los guardas,
sin poderse contener,
se rieron. El motivo
de las risas preguntó él.

Y uno:—¿No hemos de reirnos,
dijo, descubierto al ver
al general, mientras le habla
con sombrero puesto usted?—

Volvióse, sombrero en mano,
el insolente esta vez,
disculpándose porque antes
no le acertó a conocer.

Mas el general le dijo:
—¿Y es necesario, ¡pardiez!,
conocer a una persona
para mostrarse cortés?

El hombre bien educado
siempre se conduce bien,
y como él respeta a todos,
todos le respetan a él.

XLVII.—LO MAS NEGRO

El hombre que no es agradecido, no es bien nacido.

Sobre cuál era más negro,
tremenda disputa armaron
el negro de humo y la tinta
contra el carbón y el asfalto.

¡Cuántas cosas se dijeron
los cuatro allí, ponderando
las más negras cualidades
que apreciar cabe en lo humano!

Y hubo al fin de convenirse
que son muy negros los cuatro;
pero es más negro que todos
el corazón de un ingrato.

XLVIII.—EL GALLEGO Y EL APOSTOL SANTIAGO

Por desearle mayor, suele perderse un provecho.

Un gallego soñaba que el apóstol
Santiago descendía
del cielo y, colocándose a su lado,
quedito le decía:
—Quiero premiar tu fe; traigo mil duros
que rescaté del moro.
¿Los quieres recibir ahora en billetes
o te los cambio en oro?

—¡En *oro!*—respondió. Voló el apóstol,
desapareciendo luego,
y estremecido de placer, temblando,
se despertó el gallego.
Mas viéndose burlado en su codicia,
se daba de cachetes
por pedirlos en oro cuando pudo
tomarlos en billetes.

Si algún día un regalo te ofrecieren
recógele oportuno;
no lo quieras mejor y la codicia
te deje sin ninguno.

XLIX.—ESOPO Y UN ANCIANO

En obrar como hombres
de bien consiste el serlo.

Refiérese de Esopo* que en Atenas *
corrió calles y plazas, como Diógenes, *
buscando un varón justo a quien pudiera,
con entera verdad, darse este nombre.
Y a su casa volvía sin hallarle,
cuando mira avanzar con paso torpe
a un anciano, y que aparta del camino
varias piedras porque a otro no le estorben.
—¡Bella acción!, dijo Esopo, y al anciano,
fuertemente, en sus brazos estrechóle.
Hace tiempo que en vano te buscaba;
te he visto hacer el bien: ¡tú eres un hombre!

No te engrías soberbio, ni presumas
porque andes en dos pies, que eres un hombre;
sólo es digno de serlo quien practica
actos de humanidad rectos y nobles.

L.—EL NIÑO Y LOS PAJARITOS

No debe darse libertad a quien
no sabe hacer buen uso de ella.

Coge un niño los polluelos
de un nido que halla al azar,
y los pajaritos pían,
pían por su libertad.

El muchacho que los oye,
casi arrepentido va,
y aun siente vivos impulsos
de abrir la mano y soltar.

—¡Sed libres!, por fin exclama;
¡de aire y espacio gozad!—
Y libres los deja al punto,
y echan todos a volar.

¡Qué alegres tienden el vuelo!
¡Qué alegres todos se van,
cruzando de árbol en árbol
con entera libertad!

Mas pronto uno cae al agua,
se hiere otro en un zarzal,
a éste un gato me lo atrapa
y otros de hambre morirán.

Hermosa es, ¿qué duda tiene?,
hermosa es la libertad;
mas si se da antes de tiempo,
puede sernos muy fatal.

LI.—LA GALLINA Y EL NIÑO

Debemos ser agradecidos
al bien que se nos hace.

¡Coq, coq, coq!, buscando el trigo,
¡coq, coq, coq!, en un corral,
una gallinita escarba
sin cesar.

¡Coq, coq, coq!, sube a un peldaño;
¡coq, coq, coq!, salta a un nidal,
y un huevo deja en las pajas
al bajar.

Gallinita, dice un niño,
yo he de darte trigo y pan,
que a nosotros muchos huevos
tú nos das.

LII.—LA EDUCACION SEVERA

La educación supone autoridad, no despotismo.

Padre, madre y un niño más hermoso
que el mismo sol, en torno de la mesa
se sientan a comer. —¡Padre!—el muchacho,
con singular viveza
prorrumpe. —¡Padre!—Con el dedo al punto
levantado, y la voz dura y severa,
responde el padre: —Los muchachos nunca
hablan así en la mesa.
La buena educación silencio impone;
después del postre, y con permiso, cuentas

tus afanes. —Es que... —¡Silencio he dicho!
La madre: —¡Ten paciencia!—
Concluyen de comer. Ya los manteles
levántanse, y el niño, con vergüenza,
temiendo que su padre nuevamente
severo le reprenda,
pide permiso para hablar. —¿Qué quieres
contarnos?, dice el padre. Y bien, empieza.—
No hubo lugar, porque saltó la madre:
—¡La casa que se quema!—

Bueno es que el padre al educar procure
hacer valer su autoridad paterna,
pero en forma tan áspera y tan dura
sólo educan los déspotas.

LIII.—MUDANZAS

El corazón del hombre,
por naturaleza, es veleidoso.

Era ayer cuando vino,
y humildemente
protección imploraba
mísero viéndose.
¡Qué protestas hacía
de guardar siempre
gratitud en su pecho
y amor ferviente!

Hoy que logró su anhelo
se engríe y crece;
contra el piadoso amigo
mordaz se vuelve,

y de amistad, burlando
las santas leyes,
clava, traidor, las uñas
y lo escarnece.

Que los tiempos se mudan,
dicen, y mienten:
no se mudan los tiempos,
sino las gentes.

LIV.—EL BORRACHO Y EL BORRICO

Los animales suelen ser menos intemperantes que los hombres.

Juan, borracho, montóse en un jumento
que, hallándose sediento,
a beber dirigióse prontamente
del profundo pilón de una gran fuente.
El borracho, en la enjalma, tambaleando,
—Bebe más, le decía, que esa bota,
aunque te eches buen trago, no se agota.—
Replicó el animal: —¿Qué estás hablando,
buen Juan? Aunque soy burro e ignorante,
no he de hacer como tú, que, largas horas
bebiendo en la taberna, siempre ignoras
cuándo tienes bebido lo bastante.
—¡Qué excelente verdad!, dijo un arriero,
más grave que lo hiciera Sancho Panza.
¡No miras, hombre ruin y majadero,
que en ese abrevadero
te da el burro lecciones de templanza?

LV.—EL AGUA Y EL VIENTO

En la adversidad se acrisolan las almas.

Al recibir del huracán el golpe,
decía el agua de apacible lago:
—¿Por qué me azotas con tan dura saña
para en las rocas estrellarme al cabo?
—¿De ti qué fuera, contestóle el viento,
ahora halagador, tranquilo y manso,
sin mi recio furor, que al agitarte
depura tu caudal del miasma insano?

El recibir tribulación no os haga
desesperar ni os inunde en llanto;
como el agua los vientos purifica,
se acrisolan las almas con trabajos.

LVI.—EL LOBO Y LA ZORRA

Hay hombres que piden por el vicio de pedir.

Vió una zorra subir con arrogancia,
del barranco por ásperos senderos,
a un lobo, y a distancia
más corta, percibió que sin jactancia
guardaba entre las breñas dos carneros.

Escondió un corderillo presurosa,
y astuta la raposa,
de un roble secular entre los huecos;
al lobo se acercó, y habló fingida:

—¡Oh qué hermosos moruecos
hoy verá desollar vuestra guarida!
¿No querréis, por mi vida,
señor lobo, prestarme
un trozo de esa pierna tan lucida
con que pueda a placer desayunarme?—

El lobo que la viera
esconder el cordero, estas razones
chungándose endilgóle: —Compañera,
ve aquel roble y husmea los rincones
que forma el viejo tronco en los raigones.
Pues allí, al sentir recio ladrido,
temiendo que algún perro me siguiera,
un tierno recental dejé escondido.—

Recelando la zorra mayor daño,
y muy corrida, aunque el dolor la venza,
lo saca y trae... El lobo así le dice:
—Pues pediste lo ajeno con engaño,
bien está que recibas, ¡infelice!,
lo tuyo con vergüenza.

Cuántos piden de vicio, y a estos tales
qué bien les estaría
la fábula anterior, que les diría
lo que pasa también entre animales.

LVII.—LOS MOZOS DE LUMPIAQUE

Les amaneció templando.

Los mozos de Lumpiaque,* que es famoso
en diez leguas y más a la redonda,
víspera del patrón, santo y glorioso,
quisieron por la noche irse de ronda.

Guitarras y bandurrias aportaron;
un jarro de buen vino se bebieron,
y a templar empezaron,
y templando la noche prosiguieron;
subiendo ahora el bordón, que deslucía
del conjunto el efecto y la armonía;
la cuarta ahora pulsando
o la prima bajando;
removiendo la quinta y la tercera,
ello es que se pasó la noche entera.

Brilló espléndido el día,
y aun estaban templando
sin poder empezar la sinfonía.
La gente que esperaba
serenata la víspera del santo,
del chasco se reía y exclamaba:
—Señor: bueno es templar, ¡pero no tanto!

Niños conozco yo que una mañana
han menester para empezar la plana,
y apenas han escrito dos renglones
se acaban las lecciones,
marchándose a jugar sin haber hecho
en la escuela otra cosa de provecho.
Podría repetírseles el canto:
Señor, bueno es templar, ¡pero no tanto!

LVIII.—PABLO EL ESCOLAR

El camino de la escuela es
el camino de la vida.

Caminito de la escuela
muy contento marcha Pablo,
con la mochila* a la espalda,
con la canción en los labios.
«Yo seré hombre», va diciendo.
«Yo seré hombre», va cantando.
Mal lo pasaré cuando hombre
si no aprendo de muchacho.

Dos por una, dos;
dos por dos son cuatro...

Por la tierra anda la hormiga,
por el aire vuela el pájaro;
nadie está en el mundo ocioso,
todos van a su trabajo.
Requiriendo la mochila,
saca un libro entonces Pablo,
y a la vez que hace el camino
da a la lección un repaso.

Dos por una, dos;
dos por dos son cuatro...

Ya llega a la escuela el niño,
ya prepara el cartapacio,
se sienta a escribir y traza
bellos perfiles y rasgos.
Toma después el problema
que el maestro le ha dictado,
y sin distraerse un punto
hace difíciles cálculos.

Dos por una, dos;
dos por dos son cuatro...

Terminadas las lecciones,
de la escuela vuelve Pablo,
con la mochila a la espalda,
con la canción en los labios.
Besa la mano a su padre;
da a su mamá un fuerte abrazo,
y antes de estudiar de nuevo
se pone a jugar un rato.

Dos por una, dos;
dos por dos son cuatro.

LIX.—DAVID Y NATHAN

La pasión quita el sentido.

—Tu vasallo tenía un corderuelo,
Nathán* dice a David,* que tierno amaba,
y en su apacible posesión cifraba
su amor, su bienestar, su dulce anhelo.

Cerca de mí un ricacho, sin recelo
de castigo o pesar, feliz moraba,
sabiendo que el rebaño que encerraba
cubriría, extendiéndose, ancho suelo.

Tuvo un huésped el rico, y obsequiarlo
le vi con mi cordero... ¿Qué dirías?
—¡Vive Dios!, dijo el rey, ¡he de matarlo!
—¡Oh David! ¡Si eres tú; tú que tenías
mil corderos, y fuistes* a buscarlo
en la fiel Betsabé,* matando a Urías... *

Como en aquellos días,
veréis hoy que, del hombre, en ocasiones,
la razón obscurece las pasiones.

LX.—EL PREMIO DE LA HUMILDAD

Nada hay tan hermoso
como la virtud.

Tres doncellas tiene un padre,
las tres a cual más hermosa;
y hace Dios que allí le cuadre
tomar al monarca esposa.

—Hijas, con voz que se apaga,
dícelas el padre anciano,
cada cual digna se haga
de ofrecer al rey su mano.

Y cada cual se atavía
con primor y se engalana,
por si fuera al otro día
de su pueblo soberana.

La primera se ha prendido
sobre el pecho y la cabeza
las joyas, que han acrecido
su arrogancia y su belleza.

La segunda de las flores
los encantos atesora,
y compiten sus colores
con los tintes de la aurora.

La tercera no se viste,
mas cuando su gracia humilla,
el mismo sol no resiste
el carmín de su mejilla.

Hace el rey que se las llame,
que una ha de elegir, dichosa;
una, que el pueblo proclame
del monarca augusta esposa.

Y al ver vestida sin arte
la más niña, —¿No has querido,
dice el rey, ataviarte
para haberte preferido?

—Señor, la niña contesta,
con una humildad que encanta:
—¿de dónde, niña modesta,
yo merezco alteza tanta?

El rey su humildad admira,
y dice dulce y risueño:
—Mi alma en tus virtudes mira
la realidad de un ensueño.

Nunca busqué la hermosura,
que es ficticia y pasajera,
sino la que siempre dura:
la virtud noble y sincera.

Ven, pues, a ocupar el trono
que tu humildad bien merece;
ante el pueblo te corono,
y el hacerlo me enaltece.—

Dijo el rey; su regia mano
la ornó de flores galanas,
y de amor lloró el anciano,
de alegría sus hermanas.

LXI.—LOS BUSCADORES DE ORO

Quien no pone atención en las cosas, mal puede aprenderlas.

Dos niños de una escuela que, a porfía,
estudiaban los dos geografía,
daban al maestro la lección de coro,
diciendo:—El Sil* arrastra arenas de oro.—

Y aunque el Sil es un río de Galicia
y ellos eran astures, la codicia
tan fuerte les tentó, que al fin les plugo,
pasito a paso, encaminarse a Lugo.

Viéndose ya, vencidas muchas penas,
del río en las auríferas arenas,
empezaron los chicos su trabajo.
El uno, sin parar, de arriba abajo
por la orilla del río divagaba,
y ni un granito hallaba
que pudiera servirle de provecho.

El otro, sin salirse de un estrecho
recinto y sin dar paz a ojos y mano,
miraba las arenas grano a grano,
y aunque eran pequeñitas,
pudo pronto encontrar muchas pepitas.
Pasó un año; aburrióse el primer chico,
y el otro, en cambio, retiróse rico.

Oro puro en un libro es cada idea;
hay quien leyendo atento se granjea
de doctrina un riquísimo tesoro;
quien no presta atención, tal vez del oro,
cual dijo Balmes, los mejores granos*
se le escapan sin verlos, de las manos.

LXII.—EL OBRERO IMPREVISOR

Trabaja hoy pensando en
el mañana.

Era un obrero laborioso y hábil,
que entre los suyos disfrutó de estima;
que siempre, y desde joven, ganar supo
altos jornales.

Tuvo dinero y granjeóse amigos,
que amigos surgen si el dinero abunda,
y así entregóse a los placeres dócil,
dócil y pronto.

Soltero y libre, su jornal espléndido
gastóse al punto, sin privarse nunca
de los caprichos a que cede siempre
quien vive al día.

Pero honda crisis del trabajo vino;
vino inmediata la forzosa huelga,
y como nunca preocupóse de ahorrros,
vivir no pudo.

—¡Oh!, se decía en la miseria viéndose,
si lo superfluo en la abundancia ahorrara,
cuál otra suerte correría ahora...
Mas no hay remedio.

Quien, cuando joven, abundante gana,
y cuanto gana imprevisor derrocha,
si por desgracia sobreviene el paro,
muérese de hambre.

¡Oh! tú que ganas buen jornal, que puedes
ahorrar tu parte sin molestia alguna,
ahorra, y no dudes labrarás tu dicha.
Piensa en mañana.

LXIII. — EL CLAVO DE UNA HERRADURA

De pequeños descuidos se originan grandes daños.

Porque un herrador inhábil
no supo dejar un clavo
bien asegurado en la herradura
de un belicoso caballo,

en lo recio del combate
quedó el alazán descalzo;
rezagóseles gran trecho
y hubieron de abandonarlo.

Seguir a pie quiso el jefe
que del alazán era amo;
no pudo andar con las armas,
y se sentó fatigado.

Entonces los enemigos,
viéndole solo en el campo,
cercándole con presura
mañosos le aprisionaron.

Preso el general, dispersos
se vieron ir los soldados,
y las columnas contrarias
por donde les plugo entraron.

Las plazas se les abrieron,
los pueblos prestaron paso,
y el reino, hasta entonces libre,
quedó para siempre esclavo.

¡Oh cuántas calamidades
sobrevinieron y cuántos
desastres se ocasionaban
por los intrusos tiranos!

Y fué causa un ignorante,
que por él se perdió el clavo;
por el clavo, la herradura;
por la herradura, el caballo.

Por el caballo perdióse
un jefe brioso y preclaro;
por el jefe, la batalla;
por la batalla..., un Estado.

Los que de faltas pequeñas
os burláis o no hacéis caso,
¡ved aquí hasta dónde pueden
leves faltas arrastraros!

LXIV.—SOCRATES Y UN ATENIENSE

La venganza es propia de los hombres ruines.

Por cierta calle de Atenas *
iba Sócrates,* a la hora
en que un grosero, burlándose
del filósofo, con sorna,
—Chúpate eso, dijo, dándole
fuerte puntapié; y ahora
véngate con la paciencia
y el perdón, que hacen tu gloria.—

Sócrates volvió, y sereno,
le dijo: —Venganza loca:
¿porque una coz me dé un asno,
he de responder con otra?

LXV.—LAS PESAS Y LA LLAVE DEL RELOJ

La oración eleva las almas.

Al ir bajando las pesas
del reloj, con muchos ruegos
suplicaban a la llave
las dejara caer al suelo,

pues cansadas de tenerse
en el aire tanto tiempo,
llegar a tierra querían
para hacer cómodo asiento.

A lo que la llave entonces
contestó: —De vuestro peso
podría el reloj quejarse;
mas vosotras, ¿a qué cuento?

Es el descansar en tierra
necia ilusión, loco empeño;
si descansar yo os dejara,
perdiera el reloj su mérito.

Un reloj que se ha parado
es como algo que se ha muerto;
y vosotras, más que pesas,
ibais a ser hierro viejo.

Pesas son nuestras pasiones,
y el hombre reloj completo;
llave la oración, y cuerda
de hacer bien el santo anhelo.

No dejéis nunca las pesas
bajar del todo, y que luego,
sin cuerda el reloj, se pare
y se lo lleve... un prendero.

LXVI.—LA LECCION DE COSAS

La asociación multiplica las fuerzas e infunde ánimos.

Que la unión es fuerza
no cabe negarlo.
Cierto día en clase de lección de cosas
un prudente maestro dice a los muchachos:
—De algodón en rama
ved aquí un puñado;
no ofrece a los dedos resistencia alguna;
se estira, se rompe, tan débil, tan blando.
Mas tomad alguno de esos filamentos,
y, después de hilados,
cuando ya la masa de algodón informe
se convierte en hilo, si queréis cortarlo,
cederá la hebra con pequeño esfuerzo,
pero esfuerzo al cabo.—
Los niños tomaban
un hilo delgado
de coser, y hacían mil pequeños trozos
con esfuerzo débil, riendo y jugando.
—Si dobláis los hilos,
doblaréis la fuerza; mas si tres o cuatro,
cinco, diez o veinte, se unen y combinan
un torzal formando,
al querer romperlo,
tal vez los esfuerzos os resulten vanos,
sea ya imposible, que al doblar los hilos
su eficacia y fuerza vais multiplicando.—
Tomaban los niños su torzal de prueba
que les daba el maestro con los veinte cabos;
tiraban forzudos, mas veían pronto
su inútil trabajo.
Sueltos, de hilo en hilo, se rompían fácil,
pero no se rompen cuando están trabados...

La materia es una: algodón en rama
con sus elementos tan desasociados.
Pero unid los hilos,
y al organizarlos
obtendréis la fuerza, que en el hilo es cable
y que entre los hombres es el sindicato.*—
Débiles, medrosos,
suelen ser los hombres cuando están aislados;
mas cuando se asocian y se confederan,
no hay ya fuerza humana para quebrantarlos;
surgen las concordias, las iniciativas,
los empeños grandes, los provechos altos;
se elevan las almas,
y el amor las liga con estrechos lazos.

Niños, sed amables.
¡Niños, asociaos!

LXVII.—POTRO INDOMITO

La libertad requiere cierta prudencia.

Caballero en un potro no domado,
gritaba serafín con ansia loca:
—¡Viva la libertad!—Suelta el bocado
con que forzudo al animal sofoca,
y libre el potro, con rigor no usado,
le estrelló al galopar contra una roca.

Buena es la libertad, plácida y bella...
cuando se sabe hacer buen uso de ella.

LXVIII.—EL MAÑANA

El mañana nunca llega.

Un estudiante, —Mañana,
decía, a estudiar se empieza;
de buena o de mala gana
he de vencer mi pereza.

Goce hoy la temperatura
primaveral, y pues veo
que el estudiar no me apura,
bien puedo darme un paseo.—

Llegaba el día siguiente,
y exclamaba fastidiado:
—Hoy no; pero, aunque reviente,
mañana... por de contado.

Mañana a estudiar sin tasa;
mañana a estudiar se empieza;
ya no salgo más de casa;
no he de levantar cabeza.—

Al otro día en el diario
miraba en letras salientes:
«Concierto extraordinario
por artistas eminentes».

—Brillante será, sin duda,
se decía, el tal concierto...
¿Ni qué importa que a él acuda,
si aun no tengo el libro abierto?

Voy... Mañana, en verdadera
lid mis estudios empiezo,
cuidando en esta carrera
de evitar cualquier tropiezo.—

Iba, y al siguiente día
fatigado se encontraba;
de pronto su libro abría,
mas, cerrándolo, exclamaba:

—Perdí ayer la noche, y siento
que el sueño me rinde, es claro;
mañana, con doble intento,
guerra a muerte me declaro.

Mañana estudio, y sin miedo,
continuando formalmente,
¿quién dice que aun no puedo
ganarme un sobresaliente?—

Con este grato discurso
pasó una y otra semana;
llegó pronto el fin de curso,
mas nunca llegó el mañana.

Y, cual todos supusieron,
no habiendo nada estudiado,
entró a examen y le dieron
la nota de «reprobado».

LXIX.—EL MAESTRO Y EL ESCULTOR

No se agradece bastante
la labor de la enseñanza.

Visitando un maestro cierto día
a un insigne escultor de grande fama,
—¡Cómo envidio, decía,
el noble afán con que al trabajo llama
tu profesión más grata que la mía!

—¡Más grata!, al punto el escultor exclama.
¿No conoces cuán duro es el trabajo
con que el martillo y el cincel fatigo,
cuando del mármol la aridez rebajo
por darle forma al ideal que abrigo?

—Grande es, dijo el maestro, ¿quién lo duda?,
si ya el orgullo su razón no infatua,
hacer que brote de la piedra ruda
bajo el cincel la prodigiosa estatua.

Mas si sacas un busto de valía
de un mármol, yo hago más y no te asombre,
que a fuerza de paciencia y de porfía,
de un pedazo de bárbaro hago un hombre.

La razón no es dudosa,
y a cualquier entendido se le alcanza:
no hay profesión más digna y espinosa
que la de la enseñanza.

LXX.—LA FORTUNA Y LA JUSTICIA

Los bienes de fortuna se reciben por azar, no por mérito.

Pasaba la Fortuna, *
en su veloz carrera,
repartiendo a los hombres
los bienes más preciados de la tierra.

A unos daba honores;
a otros, paz suprema;
a quien, salud y mando;
a quien, un alto empleo; a quien, riquezas.

Este, con grande audacia,
sin pizca de vergüenza,
le arrebataba dones
que Fortuna jamás dádole hubiera.

Aquél echaba mano
sobre la alada rueda,
y aseguraba el éxito
perseguido en difícil y ardua empresa.

Solían los constantes
pescar alguna breva,
pero muchos en vano
se fatigaban de correr tras ella.

—¡Desigualdad más grande!,
un joven dijo al verla;
si todo va al acaso,
¿dónde y cuándo los méritos se premian?

—Debes saber, le dicen,
que la Fortuna es ciega;
tú buscas la Justicia, *
y no es fácil hallarla ya en la tierra.

LXXI.—EL ZARZAL Y EL JARDINERO

La protección a los malos suele
ser en perjuicio de los buenos.

—Si cuidasen de mí con más esmero,
le decía un zarzal a un jardinero,
de la orilla arrancándome en que vivo,
pagando el buen cultivo,
en medio del jardín yo ostentaría
con tanta majestad pompa y verdores,
que el mundo entero a celebrar vendría
mi arrogancia, mis tallos y mis flores.

Le place al jardinero, y lo trasplanta
al centro del jardín, donde levanta
sus ramas el zarzal fresco y pomposo;
arraiga vigoroso;
cubre nardos, hortensias, clavellinas,
y extendiendo sus zarzas insaciable,
llena luego el jardín con sus espinas,
convirtiéndolo en campo impenetrable.

Los que sois de los malos, protectores,
conviene que sepáis que los favores,
si no han de ser a la virtud ajenos,
se han de hacer a los buenos.

Quien da oídos a voces de tunantes
y después los protege en su codicia,
¿qué extraño es que extendiéndose pujantes
víctima lo hagan ser de su malicia?

LXXII.—EL ARBITRISTA

A grandes males, grandes remedios.

Por la grande penuria de los tiempos,
una casa de banca se arruinaba.
¿Qué hacer para aumentar los beneficios?
¿Qué hacer para salvarla?

Ante el temor de pronta cesantía,
cada cual nuevos planes inventaba:
quién disminuye en la mitad los gastos;
quién dobla las entradas.

Después de dos sesiones del consejo,
los nuevos planes el gerente ensaya;
mas de ninguno se obtenía el éxito
objeto de sus ansias.

Ya desesperan de encontrar recursos;
la suspension de pagos amenaza,
cuando se ocurre a un escribiente el medio
de seguras ganancias.

Lo escuchan todos con sorpresa, y vuelven
sobre él, llenos de asombro, las miradas.
—Que exponga pronto su proyecto; que hable,
con impaciencia claman.—

Y dice el escribiente: —Mi proyecto
es un ahorro en la tinta que se gasta:
que se suprima el punto de las íes
en todas las palabras.

Miráronse unos a otros los oyentes,
y sonó una estrepitosa carcajada...
Los grandes males, sus remedios quieren
en justa consonancia.

LXXIII.—LA VOZ DE NATURA

Dios es el principio de todas las cosas.

LA LLUVIA

Dice el agua cuando llueve:
—Soy la lluvia que el Señor
sobre los campos derrama,
y es frescura y bendición;
presto humedad a la tierra,
y, cuando calienta el Sol,
rompo mis senos, fecunda,
cubriéndome de verdor,
y dando al bosque su fronda
y a los pájaros su voz.

EL VIENTO

Dice el Viento cuando sopla:
—Nací del Agua y del Sol,
y llevo salud y vida
por dondequiera que voy.
Sobre mis alas levanto
sutilísimo vapor,
que al alcanzar de las nubes
la etérea y fría región,
condenso en gotitas de agua
y en lluvia a los campos doy.

EL SOL

Con sus vivos resplandores
desde el cielo dice el Sol:
—A través de los espacios
como un rey triunfante voy.
Doy a la tierra sus plantas,
doy a las plantas su flor,

doy a los árboles frutos
y a las mieses su sazón.
Nadie como yo refleja
la imagen del Creador.

LA TIERRA

Dice la Tierra: —Soy madre;
mi esposo es el almo Sol,
y es el Viento con sus alas
mensajero a nuestro amor.
Con sangre de mis entrañas
la vida a mil seres doy,
que sustentan Aire y Agua.
Porque Aire, Agua, Tierra y Sol
aunque elementos distintos,
tenemos un padre: Dios.

LXXIV.—EL SEMBRADOR Y LA GOLONDRINA

Quien se junta con malos,
sufrirá su suerte.

Su tierra bien labrada
un rústico sembró de cañamones,
y a picarlos vinieron en bandada
cardelinas, pardillos y gorriones.

Los instintos perversos
de estas aves el rústico domina,
y a su red entre pájaros diversos
vino a entrar la inocente golondrina.

Cuando se vió en la mano
del sembrador la golondrina inquieta,
—¿Por qué, le dijo, con placer insano
tu mano dura sin piedad me aprieta?

Me juzgas como al ave
que rebuscando cañamones pillas;
mas todo el mundo lo que como sabe:
insectos, sólo insectos, no semillas.

—Que volabas creía
los mosquitos cazando al ras del suelo,
replicó el sembrador; pero este día,
al verte entre esos pájaros, recelo.

Dices que cañamones
no has probado, y oirlo no me extraña;
mas juzgada ha de ser con los gorriones
el ave que a gorriones acompaña.

¡Oh niño! Tú que al menos
me sueles escuchar con intervalos,
te juzgarán por bueno entre los buenos;
te juzgarán por malo entre los malos.

LXXV.—LAS AVISPAS Y LAS ABEJAS

Las imitaciones siempre
valen menos que el modelo.

Las avispas, vecinas
de una colmena,
del avispero estaban
muy satisfechas;
y orgullosas un día
de su obra maestra,
enseñarlo quisieron
a las abejas.

—¿No es lindo?, les decían;
¿no se asemeja
en mucho a los panales
de las colmenas?
—Sí; tiene parecido,
dijo una abeja;
mas cera y miel no vemos.
¿Dónde se encuentran?

Responden las avispas
con gran vergüenza:
—Nosotras ignoramos
qué es miel y cera.
—Esos son los productos,
se les contesta;
son frutos del trabajo;
son las riquezas.

Para casa vacía
como es la vuestra,
no es preciso avispero
con lindas celdas;

mera casa de albergue
podríais hacerla
en lo hueco de un árbol,
so la corteza.

Entre aquel que discurre
y el que remeda
hay distinción tan grande,
cual lo que media
de las torpes avispas
a las abejas,
o entre los avisperos
y las colmenas.

LXXVI.—EL PINTOR Y EL APRENDIZ

Bueno es tener a quien
echar la culpa.

Era un pintor que solía
pintar de un aprendiz siempre ayudado;
bien es verdad que el aprendiz no hacía
sino tal cual recado.
Mas nunca renunciaba
tan buena ayuda el émulo de Apeles; *
ya moler los colores le mandaba,
ya lavar los pinceles.
Con tan hábil maniobra,
siempre a un censor le respondía ufano:
—Defecto tal de mi aprendiz es obra;
lo bello es de mi mano.

El hombre no se aviene
a ser de falta alguna responsable;
nadie confiesa que la culpa tiene;
siempre otro es el culpable.

LXXVII.—EL TRINEO Y LOS LOBOS

Si en el mal no hay remedio, buscad el menor daño.

Por la estepa de Rusia,* en pleno invierno,
un trineo arrastraban dos caballos;
en él llevaba un padre sus cinco hijos,
su esperanza, el tesoro más preciado.

Después de largas horas de ventisca,
sobre la nieve, veloces deslizando,
cuando esperaban encontrar no lejos
contra el frío un albergue hospitalario,

surgieron de repente hambrientos lobos,
que, sus fauces abiertas enseñando,
seguían el camino del trineo,
queriéndole asaltar por ambos lados.

Los niños sollozaban; brioso el padre,
con recia furia restallaba el látigo,
mientras los lobos, al olor de carne,
feroces, más de cerca, iban aullando.

Viéndose en aquel trance ya perdidos,
a los cielos pedíanles amparo;
pero sordos los cielos a sus voces,
del trineo los lobos no apartaron.

Y uno de éstos, poniéndose delante,
sobre el trineo se lanzó de un salto;
otros amenazaban hacer presa
en la grey infantil, muerta de espanto.

Loco el padre, sintió cruzar su mente
una idea siniestra, cual relámpago
que deslumbra, y cogiendo de sus hijos
el más tierno, arrojólo con sus brazos.

En la presa cebáronse los lobos,
y aguijando él entonces los caballos,
si un hijo vió morir, con honda pena,
tuvo el consuelo de salvar a cuatro.

Momentos suele haber en esta vida
para los hombres por demás aciagos;
en la lucha imposible, es lo prudente
buscar el mal menor, y... *conformarnos.*

LXXVIII.—LAS MALAS LECTURAS

Las malas lecturas corrompen el corazón.

Un padre que a sus hijos permitía
periódicos leer, fuera el que fuera,
con imperio a su esposa repetía
que jamás las lecturas prohibiera,
porque el hombre distingue en su buen juicio
lo que es noble virtud de lo que es vicio.

—Luego, dime, si veo por acaso,
contesta la mujer de aflicción llena,
que un hijo va a beber de hermoso vaso
la pócima letal que lo envenena,
¿dejarélo?... —¿Qué dices? Con coraje,
¡arranca de sus manos tal brebaje!

—Alabo en la ocasión tu intransigencia;
mas ¿qué madre podrá mirar con calma,
so pretexto de gusto o vana ciencia,
que leyendo envenena su hijo el alma?
¡Oh! La madre, compendio de ternuras,
no puede consentir ciertas lecturas.

LXXIX.—LOS CIERVOS Y LA SERPIENTE

Para mejor engañar, aparentan bondad los malos.

Ahogando a un cervatillo una serpiente,
llegó oportunamente
el ciervo padre, que a cornadas pudo
separar al reptil y hacerle frente,
siendo del hijo impenetrable escudo.

Mas después que el peligro hubo pasado,
el padre, sosegado,
le decía: —Otra vez, con más cordura,
huye el peligro, porque de él cercado
se ve al fin quien huirlo no procura.

Y con voz el cervato aun conmovida,
decía: —Por mi vida,
padre de amor, mi proceder no tilde.
¿Por qué había de darme yo a la huída
si arrastrándose vino tan humilde?

—¡Engañosa humildad, que de esa suerte
pensaba darte muerte!
—¡Darme muerte! —Hijo mío, entre las flores
acecha, al mismo tiempo que divierte
su víctima con ojos brilladores.

—¿Y había de ponerle yo embarazos
si empezó a darme abrazos?...
—¡Ay!, los abrazos que te daba leda,
son, hijo mío, inquebrantables lazos
con que mañosa al indefenso enreda.

No te fíes jamás en este mundo
de parecer jocundo,
de voz melosa ni apacible traza,
que en ardides el mal, siempre fecundo,
de bellezas fingidas se disfraza.

LXXX.—LOS SECRETOS

Secreto que has de guardar, no lo confíes a nadie.

Guardar un secreto
Rodrigo juraba
con igual firmeza
que la fe en su alma.

—Digas lo que digas,
es como si nada
me dijeras, Lucas;
pon en mí confianza.

—No dudo que tengas
firmeza tan rara,
Lucas le responde.
(Mas en tanto que habla,
un gorrión arisco
que ocultó en la manga,
con cautela suma
mete entre dos tazas.)

—Volveré al instante;
pero en tanto, guarda,
caro amigo, añade,
de tocarme nada.—

Quédase Rodrigo
sin sospecha; vaga
de uno a otro lado
de la hermosa estancia,
cuando al poco rato
fíjase en las tazas
donde, cauto, Lucas,
su gorrión guardara.

—¿Qué podrá ser esto?—
dice; las separa;
cobra el pajarillo
libertad preciada;
ve el balcón abierto,
vuela a la campaña,
pónese en un olmo
sobre verde rama,
y de allí, con voces
cual de loro claras,
dice así a Rodrigo
cuando alegre canta:
—Si una ave no puedes
mantener cerrada,
¿quién secretos, dime,
fía a tu palabra?—

Si un secreto quieres
mantener, no salga
de tu boca, o mira
cómo se propala,
pues con dos que sepan
una cosa, basta
para que ella corra
pública en la plaza.

LXXXI.—EL CISNE Y EL ESCARABAJO

No aprecies más críticas
que las razonables.

Del céfiro al dulce halago,
un blanco cisne cantaba,
mientras se balanceaba
sobre las aguas de un lago.

Cuando de arrogancia lleno,
del juncar haciendo atajo,
llegó allí un escarabajo
con su bolita de cieno.

Oyendo del cisne el grato
cantar se quedó un instante;
admiró el cuello arrogante
del ave, y después de un rato

de estarla mirando atento
de su belleza envidioso,
rompió a hablar, presuntuoso,
con adusto ensañamiento:

—Miren y cómo el ruin lanza
a los vientos sus cantares.
¡Pajarraco!— A los juncares
entonces el cisne avanza,

por ver quién de aquella suerte,
con palabra tan inculta,
desvergonzado le insulta
y al vil jura darle muerte;

pero al ver bajo un andrajo,
medio envuelto y repodrido,
que entre el estiércol metido
bulle un torpe escarabajo,

dice el cisne: —¿Este es el necio?
Pues contigo no me encono.
¡Qué has de hacer tú! Te perdono;
pero es mucho: te desprecio.

Si moraleja es precisa,
digamos aquí, prudentes:
críticas de ciertas gentes,
hay que tomarlas a risa.

LXXXII.—LA MADRE Y LA NIÑA

Tesoro inapreciable es la pureza.

—Madre, al caer la nieve
tan blanca y pura,
¿qué hechizos habrá en ella
que me subyugan?
—No hay más hechizos, niña,
si bien se juzga,
que el ser la nieve imagen
del alma pura;
y hoy es un alma de ángel
el alma tuya.
—Madre, esa nieve blanca,
nítida espuma,
si una vez pierde el brillo
de su blancura,
¿a recobrarlo acaso
no vuelve nunca?

—No, hija mía; y tampoco
las almas puras,
si la inocencia pierden
la alcanzan nunca.

LXXXIII.—LOS LADOS DEL ANGULO

Los caminos de la vida vanse
apartando según se alejan.

En el punto mismo que hace
vértice a un ángulo agudo,
formado por los caminos,
se hallaron Cándido y Rufo.

Y aunque no se conocían,
al verse un instante juntos,
—Por aquí suben los buenos,
dijo el primero al segundo.

Vente, que al fin del camino
me habrás de alabar el gusto,
cuando el puerto de la dicha
bajo el pie tengas seguro.

Al principio hay asperezas,
breñas, peñascos abruptos;
mas después todo es ventura,
paz, delicia, gloria y júbilo.—

El otro, tan dulces voces
al escuchar, se detuvo;
mas pensó y dijo: —Estoy cerca
si quiero cambiar de rumbo.

Sigue tú aqueste camino;
yo por este marcho al punto,
que si encuentro algún obstáculo
fácil es pasar al tuyo.

—No piensas bien, contestóle
el primero, pues no dudo
que a cada paso que demos
se alejan más nuestros puntos.

Así, pues, si el bien deseas,
este es el camino único
que debes seguir; no tardes,
que son oro los segundos.—

No le oyó; fueron andando
poco a poco; momento hubo
que al verse los dos de lejos
se enviaron los saludos.

Pero luego la distancia
los hizo quedar ocultos,
y aunque el segundo bien quiso
cambiar de ruta, no pudo.

El bien y el mal no caminan
paralelos en el mundo,
que divergen cual los lados,
al menos, de ángulo agudo.

Partimos cuando nacemos
todos desde el mismo punto,
pero a fines muy distantes
nos llevan diversos rumbos.

LXXXIV. — LA GALLINA Y LOS POLLITOS

El instinto de una madre va más allá que la razón del hombre.

—Venid pollitos,
venid, que sube
del mar la nube
de tempestad.
¡Cla, cla!,
¡cla, cla!

La nube cárdena
ceñirá el monte,
y el horizonte
se cerrará.
¡Cla, cla!,
¡cla, cla!

Venid, que quiero
de grande estrago
con suave halago
pronto os cubrir.
¡Pi, pi!,
¡pi, pi!

Bajo mis alas
buscad abrigo;
dejad el trigo;
venid a mí.
¡Pi, pi!,
¡pi, pi!

Su cacareo
sigue la clueca,
y hecho un babieca
se dice Blas:
¡Cla, cla!,
¡cla, cla!

De lluvia el día
no tiene traza;
voime de caza;
venga el morral.
¡Cla, cla!,
¡cla, cla!

No pasó una hora;
nublóse el cielo;
ningún polluelo
se vió salir.
¡Pi, pi!,
¡pi, pi!

A Blas la lluvia
caló la ropa,
y hecho una sopa
tornar le vi.
¡Pi, pi!,
¡pi, pi!

Aunque el hombre, en duro trance
prever sepa fiero mal,
no hay saber de más alcance
que el instinto máternal.

LXXXV. — LA MEMORIA DE JUAN LANAS

Tal vez por cosas secundarias
se olvidan las principales.

Un largo viaje proyectó Juan Lanas
por ver a su mujer;
el viaje era dos días de camino,
y había de hacerlo a pie.

Proyecto tan feliz, de casa en casa
corrió todo el lugar,
y encargos las vecinas, de mil cosas,
hiciéronle al buen Juan.

—Aquí, ya ves, no hay tiendas donde compre;
vecino, por favor,
dos varas de buen paño me precisan;
recuérdalo bien, dos.

—No olvides este encargo; te lo pido
por lo que estimes más;
tres libras de jabón has de traerme,
y a cuenta, toma un real.

—Una túrdiga a mí, que quiere abarcas
hacerse mi Manuel.
—A mí un farol bonito. —A mí unas ligas.
—A mí hilo de coser.

Así fueron diciéndole, una a una,
hasta que echóse a andar;
con mil encargos para hacer, y, en junto,
sin darle más que un real.

Pero él era cumplido, y —De buen paño,
se fué diciendo, dos;
tres libras de jabón; las ligas, hilo,
la túrdiga, el farol...—

Y así, cuando vencidas las jornadas
llegar pudo por fin,
compró todas las cosas y, contento,
dispúsose a partir.

—¡Qué viaje más dichoso, se decía;
de vuelta vengo ya;
de vuelta, y no he dejado ni una cosa,
de tantas, por comprar.—

Mas llega al pueblo do salió. Sus hijos,
en viéndole venir,
le abrazan y preguntan por su madre:
—¿Qué tal se encuentra allí?—

Juan llora. —¿Por qué lloras? Juan, ¿qué tienes?
Y Juan dice: —¿Por qué?...
¡No tengo de llorar si me he venido
sin ver a mi mujer...!

Lector, el caso te parece extraño;
mas piénsalo y verás,
que hay muchos que por cosas secundarias
dejan lo principal.

LXXXVI.—LA HIGUERA Y LOS GORRIONES

En los días de prosperidad
nunca faltan los amigos.

En el huerto aledaño de una casa,
pomposa levantábase una higuera,
con sus hinchados higos tan maduros
que destilaban miel. Desde el tejado
decían a la higuera unos gorriones:
—¡Qué bella estás! Tus hojas tan lozanas,
tan grandes y simétricas, recuerdan
de los hombres las vestes primitivas.
¡Tanta es tu antigüedad! En cuanto al fruto,
que ha de hacer las delicias de tu dueño,
toda alabanza nos parece poca.
—Razón tenéis, carísimos gorriones,
respondía la higuera; de mis frutos
tan satisfecha estoy, que no cambiara
mis higos por la pera rubicunda
ni la oronda manzana. ¿Habéis probado
miel más dulce que aquella que destilan,
grata sin par, mis sazonados higos?—

Los gorriones bajaron en bandada
a la higuera, picaron y dijeron:
—¡Dignos son de la mesa de los reyes!
Tú eres entre los árboles, ¡oh higuera!,
digna de eterno lauro; tú, de estirpe
que remóntase antigua al Paraíso.
Por ti nosotros sentiremos siempre
la más firme amistad; entre tus hojas
viviremos solícitos, limpiando
de orugas viles tus frondosas ramas,
y alzaremos a Jove* nuestros votos
por que te libre del tajante rayo.—

La higuera, envanecida, oreó su copa
al blando arrullo de tan gratas voces,
y los gorriones, a la par que hablaban,
iban picando los maduros higos
con que llenaban a placer su buche.
Mientras tuvieron que comer, los pájaros
nunca faltaron a la fe jurada;
mantuviéronse fieles; pero cuando
el invierno llegó, y el cierzo impío
arrebató sus hojas a la higuera,
se alejaron del árbol presurosos,
dejando a la infeliz mísera y sola.

También el hombre, cuando da u ofrece,
bríndanse por doquier fieles amigos;
mas todos vuelan cuando el dar se acaba,
cual volaron los pérfidos gorriones.

LXXXVII.—EL DEBER CUMPLIDO

El deber cumplido proporciona dulce gozo.

Dos meses llevaba
de ahorrar Andresito,
guardando en la hucha,
con afán prolijo,
regalos, propinas,
cualquier donativo
de padres o abuelos,
de hermanos o tíos.

No era codicioso
ni era avaro el niño:
era que quería
comprar soldaditos
para hacer batallas
y ganar castillos
jugando en su casa
con los amiguitos.

Tras mil privaciones
y mil sacrificios,
juntó dos pesetas
y creyóse rico.
Para hacer la compra
recibió permiso,
y se fué a la tienda
por sus soldaditos.

A una niña entonces
vió en el punto mismo
tropezar y caérsele
un jarro de vino.

Lloraba la pobre
su jarro hecho añicos,
y su llanto amargo
conmovió a Andresito.

De las dos pesetas
desprendióse listo;
compró jarro nuevo,
lo llenó de vino,
se lo dió a la niña...
Un placer vivísimo
inundó su pecho
y embargó su espíritu.

¡Era el dulce gozo
del deber cumplido!

LXXXVIII.—EL SABIO Y EL ZAPATERO

En saber salvarse está el
colmo de la sabiduría.

Pasado ya el furor de una horrorosa
deshecha tempestad, sobre un madero
juntar quiso Fortuna caprichosa
a un sabio historiador y a un zapatero.

Juguete de las olas, sin que un faro
pudieran columbrar, ya anochecía,
cuando al ver su angustioso desamparo,
el sabio, enterneciéndose, decía:

—¡Oh, qué pérdida en mí llorará el mundo,
que en las ramas diversas de la historia,
con mi elocuencia y mi saber profundo
presté a la patria inmarcesible gloria!—

Y decía el patán, del mar bravío,
la extensión contemplando dilatada:
—Zapatos sé yo hacer. Más, señor mío,
no sabiendo nadar..., como si nada.—

¿Qué importa que en historia y elocuencia
logre un sabio algún día aventajarse,
y en su mente abarcar la humana ciencia,
si él ignora la ciencia de salvarse?

LXXXIX.—EL ZAPATERO Y SU HIJO

Ni por juego aconsejéis mal
a los niños.

El hijo chiquitín de un zapatero,
vicioso y muy mimado,
se veía una tarde, zalamero,
cabe los pies del menestral sentado.
Comido había miel, y, como quiera
que aún en su cara algún residuo hubiera,
pues sin lavar estaba,
y junto al labio, sin lamer siquiera,
pegábanse las moscas al pobrete
con tanta obstinación, que no bastaba
a espantarlas, por mucho que se daba
sobre sí con furor, tal cual cachete.
Y viéndolo su padre en tal apuro,
burlándose del niño de contado,
—Toma, dijo, el martillo y dale duro
cuando veas que alguna se ha posado.—
El niño, que no advierte
malicia en su candor, oye y espera
con ansia indescriptible do se posa
volando la primera.
Ya siente de su vuelo
en torno el vago y discordante ruido;
ya que baja a posarse traicionera
sobre el pie de su padre distraído,
cuando el martillo con coraje pilla,
descarga con furor, y al zapatero
sobre el pie le da golpe tan certero,
que un dedo al infeliz le hace tortilla.

Refiriendo después su malandanza,
prudente y mesurado un pobre viejo,
decía al menestral: —Vea: *ni en chanza*
se debe dar a un niño un mal consejo.

XC.—LA NUBE BIENHECHORA

Dichoso aquel que obra
el bien por el bien mismo.

De la altiva cumbre,
que es airón gallardo de enriscada sierra,
cual vedija tenue de algodón en rama,
nube bienhechora se desprende y vela
los dorados rayos
con que el sol abrasa la agostada tierra.

Cada breve instante
muéstrase a los ojos la nube más densa;
crece y va ensanchándose, todo el horizonte
envolviendo en sombras. Las aves parleras
súbito enmudecen;
sopla fresco viento, y a llover empieza.

¡Con qué regocijo
ven los labradores que a la tierra llegan
las menudas gotas de fecunda lluvia
que árboles y plantas lavan y refrescan!
Ya los arroyuelos
corren bulliciosos y en los prados entran.

Ya las mustias plantas
de nuevo sus verdes matices ostentan,
y las hortalizas, desmedradas antes,
al cesar la lluvia se alzan y despiertan
la ilusión gratísima
de unas, no esperadas, fértiles cosechas.

Nube bienhechora
que de frutos ciertos eres mensajera,
que en silencio pasas derramando bienes...,
como tú, sin duda, son las almas buenas:
pasan por el mundo
con silencio, humildes, pero al bien atentas.

XCI.—EL POTENTADO Y EL MENDIGO

El mejor placer de la riqueza es
saber hacer buen uso de ella.

Envuelto en pobre jerga se veía,
de un palacio a la entrada,
un mendigo esperando que le dieran
del festín las migajas.

Fueran triunfo las sobras de la mesa;
mas nadie se las daba
ni se acordaban de él; sólo los perros
lamíanle las llagas.

Harto el dueño de opíparos manjares,
encerróse en su cámara,
y en los talegos de oro recreándose,
satisfecho exclamaba:

—Sobre el solar de este palacio antiguo
levantaré un alcázar,
y sus torres, escándalo del aire,
culminarán gallardas.

En ellas encerrados los tesoros
objeto de mis ansias
gozaré sin temor, y a la fortuna
convertiré en esclava.—

Pensaba así el avaro, cuando, súbito,
armada de guadaña,
la muerte le anunció que aquella noche
daría a Dios su alma.

Tembló de miedo; penetróle el frío
en las mismas entrañas;
murió..., y las sumas de oro cuantiosísimas
aquí hubo de dejarlas.

Y mientras al cadáver sepultura
con gran pompa le daban,
el mendigo infeliz desfallecía
del palacio a la entrada.

Las riquezas que brinda la Fortuna
fugaces son y vanas;
el tesoro que forman las virtudes
es el que no se acaba.

XCII.—EL MAGNATE Y EL HUERFANO

Ayudémonos; todos somos
hijos de Dios.

A la ferrada puerta de un magnate
un huérfano llegó
triste día de invierno, pan y abrigo
pidiendo por favor.

El rico que lo viera tan astroso
su alano le azuzó,
y el pobre, de una choza fué a ampararse
en mísero rincón.

Entonces, descorriéndose las nubes,
brilló espléndido el sol,
y llevando sus rayos a la choza,
dió al huérfano calor.

Entre el rico y el pobre hacen los hombres
odiosa distinción;
pero, pobres y ricos, todos somos
iguales ante Dios.

Jamás neguéis al pobre, tiernos niños,
amparo y protección;
todos somos hermanos y debémonos
todos sincero amor.

XCIII.—MOLIERE Y EL MENDIGO

La satisfacción del bien obrar
es la mejor recompensa.

A Moliere,* gran poeta
de Francia, un día
le pidieron limosna
con gran porfía.
Al corazón llególe
la voz aceda;
se echó mano al bolsillo,
dió una moneda,
y sintiendo un deleite
nunca gustado,
se juzgó ya con creces
recompensado.

No serían diez pasos
los que anduviera,
cuando oyó le llamaban;
volvióse, y era
el pobre socorrido
que en dulce lloro
dijo: —Tomad, me disteis
moneda de oro
sin querer, y aunque sufro
duro quebranto
y pido una limosna,
no quiero tanto.

Sorprendióle en un pobre
tanta nobleza,
le dió, como premio,
de oro otra pieza.

Mas como Dios tan sólo
fuese testigo,
como quien ve visiones
quedó el mendigo...

*¡Oh! Ya en el Evangelio **
veréis se escribe:
Es quien da más dichoso
que quien recibe.

XCIV.—EL CIGARRO FUMADO A MEDIAS

No puede haber sociedades
sino entre hombres de bien.

Dos niños de la escuela, un insolente
grandullón y un rapaz de parvulillos,
creyeron conveniente
una tarde de sol hacer novillos.

Realizado, por fin, tan bajo empeño,
metiéronse a jugar dentro de un carro,
donde se halló el pequeño,
en rugosa petaca, un buen cigarro.

Resolvieron fumarlo como amigos,
ya que a ello les brindaba suerte loca,
y a solas, sin testigos,
echar humo y más humo por la boca.

A medias el cigarro se fumaban;
mas cuentan de este modo que se hacía:
sólo el mayor chupaba,
y el pequeño, mirándole, escupía...

Quien a un pillo se asocia, dé por hecho
que ha de quedar junto a él muy por debajo,
que uno tendrá el provecho
y el otro ha de poner siempre el trabajo.

XCV.—EL MURCIELAGO Y EL LOBO

La mejor almohada es la tranquilidad de conciencia.

Era la tarde; anochecía, cuando,
torpe, un murciélago, al salir volando
en el bosque de no sé qué agujero,
dió en las garras de un lobo carnicero.

—¡Bicho ruin!, dijo el lobo. En buena hora
te he cogido; que has de decirme ahora
lo que nunca en vosotros me he explicado:
¿por qué tan sin cuidado
dormís el día entero,
cuando yo tengo el sueño tan ligero
que el ruido más pequeño me despierta
y me hace estar ante el temor alerta?

—Señor, yo os lo diría,
dijo el murciélago; mas, por vida mía,
que me da tal respeto aquí delante
vuestro bello y magnífico semblante,
que aunque la boca abra,
no acierto a pronunciar una palabra.

—Vuela, pues, dijo el lobo, y muy ligero
voló y habló así el bicho: —Compañero,
que nosotros durmamos no es extraño,
cuando a nadie hemos hecho el menor daño;
pero hallo muy en razón que te desveles
tú, que abrigas instintos tan crueles.—

Es sabido de sobra
que no dormirá bien quien males obra,
y un no rompido sueño es consecuencia
del que tiene tranquila la conciencia.

XCVI.—CUESTIONES DE ETIQUETA

Producen grandes perjuicios
las cuestiones de etiqueta.

Hallábase un enfermo ya en las últimas,
cuando un famoso médico
acertó a recetar cierto específico,
que obró en la fiebre inesperado efecto.

Hubo entonces consejo de familia,
y todos convinieron
que había grande alivio y esperanza
de curación con tan feliz remedio.

Pero alguien, con la ley escrupuloso,
les hizo ver que el médico
que tenía el derecho de asistirle
no podía ser otro que el del pueblo.

Encomendar la curación al último
fuera invadir terrenos
que la ley al primero concedía,
y era imprudente la discordia entre ellos.

Escuchando el doliente estas razones,
les dijo desde el lecho:
—Si yo recobro la salud perdida,
¿qué importa que me cure Juan o Pedro?

Pero ellos la cuestión de competencia
siguieron impertérritos,
y en estas discusiones agravóse
súbitamente y se murió el enfermo.

Cuestiones de etiqueta, muchas veces
ridículos empeños,
impiden nobilísimas empresas,
malogran utilísimos provechos.

XCVII.—EL NIÑO LLORON

Nunca se sacia la ambición del hombre.

Lloraba sin consuelo
en medio de la calle un muchachuelo.
Un caballero se acercó al oirle,
y hubo así de decirle:
—¿Qué tienes, alma mía?
¿Por qué lloras tan triste y compungido?
—¿No he de llorar, responde, si he perdido
dos reales que tenía?
—¿Dos reales nada más? Pues toma, hijo,
el caballero dijo,
los dos reales que hacían tus amores;
tómalos y no llores.—
Brillaban las monedas como el oro,
y el niño al verlas arreció en el lloro.
Preguntó el caballero. —¿Qué te pasa?
¿Te acuerdas de tu casa?
—No, señor.
—¿Te duele algo?
—Nada de eso,
el muchacho travieso
contestó, ponderando más sus males.
—Pues abora ¿qué te inquieta?
—¡Ay!, que si no perdiera mis dos reales...
¡tendría una peseta!

En el niño se advierte
lo que será en el hombre afán insano:
que nadie está contento con su suerte;
nunca se sacia el corazón humano.

XCVIII.—LOS SENTIDOS NOS ENGAÑAN

Las cosas no son siempre
lo que parecen.

Sentados del vagón en el asiento,
vemos pasar veloces
a través de la estrecha ventanilla
los alineados postes.
Y con cierto deleite, —¡Cómo pasan!,
decimos; ¡cómo corren!—
cuando somos nosotros los que rápidos
cruzamos las llanuras y los montes.

Vemos el sol hermoso cada día
medir el horizonte,
y hacer igual camino en los espacios
la luna por la noche.
—¡Cómo pasan los astros!, nos decimos;
¡el tiempo, cómo corre!—
Mas todo es ilusión, que lo que pasa
no es el tiempo: es la vida de los hombres.

XCIX.—EL PALURDO Y EL ABOGADO

El mal consejo puede herir
de rechazo a quien lo da.

Un palurdo de mi pueblo, cierto día,
hizo un viaje a la ciudad,
y este caso a un abogado
quiso el hombre consultar:
—Debo a Críspulo seis onzas, que pagarle
le ofrecí para San Juan;
vence el plazo, no le pago y me amenaza
con llevarme por tramposo al tribunal.
—¿Tiene Críspulo recibo o documento
de la dicha cantidad?
—Nada tiene, dice el hombre, que fué el trato
de palabra nada más.
—Pues no tiene que pagarle si no quiere;
No hay recibo; no le pueden obligar.
—Muchas gracias, refrotándose de gusto
dijo entonces el patán,
y saliendo por la puerta se dispuso
a partir para el lugar.
—¡Eh!, buen hombre, el abogado, deteniéndole,
dijo al punto: ¿adónde va?
¿Y pagarme los derechos de consulta?
Dos pesetas por lo menos me ha de dar.
—¿Tiene usted recibo, dijo el hombre,
de la dicha cantidad?
¿No lo tiene? Pues no pueden obligarme,
si no quiero, sus derechos a pagar;
le agradezco la consulta
y quedamos tan en paz.

Esto enseña la prudencia con que siempre
los consejos se han de dar,
y que un préstamo no ha de hacerse sin recibo,
por si hubiera que llevarlo al tribunal.

C.—LOS SEGADORES ROBADOS

Las injusticias de este mundo
hacen creer en la otra vida.

Volvían de la siega padre e hijo,
cansados, como suelen
los que, segando al sol hora tras hora,
pasan los días de estivales meses.
Aliviaban su pena y su cansancio
los ahorros, aunque breves,
que en el hogar traduciránse en panes,
y han de saber a la familia a mieles.
Pero al entrar de un monte en la espesura,
de súbito aparecen
dos hombres con trabucos, que la bolsa
les piden en palabras insolentes.
—Somos trabajadores infelices,
dice el padre. Más bienes
no tenemos que el pan que hemos ganado
con fatiga y sudor segando mieses.
—Calle el viejo, responden, y la bolsa
sin más palabras entregué.—
Pero el hijo no puede reprimirse
e intenta con las hoces defenderse.
Los bandidos, echando sus trabucos
a la cara, profieren
blasfemias contra Dios, que por lo horribles
hacen que mudos los obreros tiemblen.
Entregan su caudal; y balbuciendo
dice el padre prudente:
—Teme a Dios, hijo mío, lo primero;
teme después a los que no le temen.

Una justicia superior existe;
si otra prueba no hubiere,
bastaría este crimen a creerlo,
pues no es de presumir que impune quede.

CI.—SOLIDARIDAD HUMANA

Vivamos cada uno para todos, y todos para cada uno.

Si el labrador afanoso
no cultivara los campos,
no habría en el mundo trigo
ni pan con que alimentarnos.

Si el albañil por su parte,
piedra y yeso manejando,
no contruyese las casas,
no habría donde albergarnos.

Y si sastre y zapatero
se nos cruzaran de brazos,
quedaríamos desnudos
y andaríamos descalzos.

Nuestras aptitudes varias
son para más obligarnos
a prestarnos mutua ayuda,
a querernos como hermanos.

No menospreciéis a nadie,
que todos valemos algo;
nadie se basta a sí mismo;
todos nos necesitamos.

CII.—EL ALFAQUI Y LOS ARABES

Obrar el bien es lo que más
enaltece a los hombres.

Asentados en recios dromedarios
camino de la Meca* iban dos árabes,
y encontraron perdido en el desierto
viejo alfaquí* que se moría de hambre.

Como eran compasivos, se bajaron
los dos al punto, le ofrecieron dátiles,
y cuando hubo sus fuerzas restaurado
le hicieron cabalgar por todo el viaje.

El alfaquí, de gratitud inmensa
dió claro indicio, y alabanzas tales
hizo de la virtud con él obrada,
que protestaron de humildad los árabes.

Y añadió el alfaquí: —No es la riqueza
lo que más enaltece a los mortales,
ni los honores que en el mundo embriagan
son más que humo, que al aire se deshacen.

Las preciosas virtudes que en silencio
vosotros practicáis, son obras grandes;
y cuanto más en el secreto se obran,
más hacéis que sus méritos resalten.—

Las virtudes son timbres de nobleza
que honran más que las glorias del linaje;
los ricos sin virtud, son hombres ruines;
los pobres con virtud, son hombres grandes,

CIII.—EL NOVILLERO APLAUDIDO

Los aplausos que envanecen
pueden llevar a la ruina.

Era el *Pito* arriesgado novillero,
y apenas una res pisó la plaza,
le dió lindos recortes
llevándosela dócil con la capa,
abriéndose en verónicas graciosas
y acabando una suerte a la navarra.
El público aplaudióle, y el muchacho
mostró engreído su actitud gallarda.

Puso un soberbio par de banderillas,
que le valieron repetidas palmas,
y luego la muleta
manejó con tal arte y tanta gracia,
que en aplausos frenéticos y unánimes
se estremeció la plaza.
Perdió entonces el *Pito* la cabeza,
quiso hacer nunca vistas filigranas,
y al entrar a matar le cogió el toro
y lo dejó en el suelo hecho una lástima.

Los aplausos rendidos a los jóvenes,
tal vez los estimulan y entusiasman;
pero también a veces
de vanidad son causa,
y en vez de levantarlos a la gloria,
los ciega, para hundirlos en la nada.

CIV.—EL MANDARIN Y EL ERMITAÑO

Vanidad de vanidades es el lujo.

Un mandarín* de la Tartaria* china,
sobre la seda fina
del vestido, ostentaba en perlas y oro
un soberbio, riquísimo tesoro.

Por la espléndida villa en que moraba,
cierto día pasaba
un ermitaño, y ante tal riqueza,
gracias dió al mandarín por la fineza.

—¿Por qué fineza, el mandarín ufano
replicó, si mi mano
ni una perla tan sola te ha ofrecido
de las muchas que esmaltan mi vestido?—

—Bien lo sé, contestóle el ermitaño;
pero, si no me engaño,
me has dado el gusto y la ocasión de verlas,
y otro placer no pueden dar las perlas.

Tú tienes, por el gusto de llevarlas,
la pena de guardarlas;
yo, más dichoso, sin ningún cuidado,
gozo el placer de verlas que me has dado.—

Despójate del oro y de la seda
del vestido, y ¿qué queda?
Piensa y verás, por mucho que te asombre,
que ya no hay diferencia de hombre a hombre.

CV.—LA PLANA DE ESCRITURA

Por el fruto se conoce el árbol;
por sus obras, a los hombres.

Una plana de escritura levantóse
en la escuela ante los niños,
y con voces elocuentes y sentidas
habló y dijo:

—Cuando en manos del maestro
tersa y limpia yo me miro,
tiemblo sólo de pensar adonde puede
conducirme mi destino.
Tal vez haga de un alumno las delicias,
y, expresando sus ideas por escrito,
sea causa de alabanzas su talento,
o de premio y recompensa honor altísimo.

Tal vez vaya, por desgracia,
a las manos de otro niño
que me doble las esquinas, que me arrugue,
que por letras trace informes jeroglíficos,
que me llene de borrones y me haga,
entre todas, la vergüenza y el ludibrio.

No me entregue, señor maestro,
no me entregue a aquellos niños
que no aprecien mi blancura inmaculada,
que me traten con descuido,
que me doblen, que me arruguen, que me manchen,
que me lleven por los suelos y... otros sitios.

—Tu querella es infundada,
dijo el maestro; yo a los niños
doy las planas siempre blancas, siempre limpias,
porque brille más lo escrito.

En el modo de trataros
muestran ellos su destino:
quien os trata con cuidado y os escribe
con esmero, goza el premio merecido;
quien os aja y emborrona,
halla siempre en los borrones el castigo.

Como da la plana el maestro,
Dios va dando vida y alma a los nacidos,
y unos son, por sus virtudes, bienhadados,
y otros son, por sus maldades, los precitos.
Sois vosotras instrumento;
ellos siempre son motivo.—
El silencio reinó entonces en la sala
y habló el maestro a sus discípulos:

—Son las planas como espejos
que reflejan el carácter, tiernos niños;
su mal gusto nos indica que sois torpes;
su limpieza nos advierte que sois limpios.
Quien escribe bien las planas,
hacer sabe que de él formen buenos juicios.

CVI.—EL AGUILA Y LA SERPIENTE

Hay seres envidiosos que sólo merecen desprecio.

Era un águila; su vuelo
majestuoso por los aires al tender
y abarcar en su mirada los espacios extendidos,
denotaba su arrogancia, su grandeza y su poder.
De hito en hito miró al sol, como embebiéndose
en sus lumbres, y después
miró a tierra y abarcó del horizonte
con sus ojos centelleantes la espaciosa redondez.
Era un águila. A la sombra de un peñasco
arrastrarse a una serpiente pudo ver,
que con ojos encendidos la miraba,
la miraba fijamente con envidia y altivez.
Y se erguía y daba saltos
pretendiendo levantarse y ascender
donde el águila, cerniéndose triunfante,
se mostraba de las aves gloria y prez.
Mas rindióse de fatiga,
y royendo su honda envidia, sin poderse contener,
daba silbos y más silbos, desahogando así su cólera
y su rabia de Luzbel.
—¿Qué pretendes?, desde el cielo dijo el águila.
¿Que maquina en su soberbia tu rastrera mezquindez?
¿Por ventura que me indigne?
¿Qué descienda y a los aires te arrebate entre mis pies?
Fuera honrarte demasiado. ¡Silba! ¡Silba!
Pero tú, entre los reptiles, por el suelo ¡arrástrate!

Hay también hombres mezquinos que pretenden en su envidia y su soberbia con los grandes contender; fuera honrarles demasiado, y a estos tales, lo mejor es el desdén.

CVII.—LAS RAMAS, EL TRONCO Y LAS RAICES

Todos los miembros de la sociedad
deben ser educados.

Salvando la alta copa del plátano frondoso,
mecido al blando arrullo del céfiro estival,
del valle, en lo más fértil, levántase pomposo
con arrogancia altiva magnífico nogal.

Las ramas, orgullosas, mirándose cargadas
de fruto y revestidas de espléndido verdor,
así al robusto tronco, de vanidad hinchadas,
hablaban en su manso, dulcísimo rumor.

—¿Por qué libres no somos? ¿Por qué esa raíz tan honda
sujeta nuestros miembros a su contacto vil?
Despréciala y luzcamos contigo nuestra fronda,
nuestra arrogancia noble, nuestro esplendor gentil.

¿Es fuerza que vivamos aquí por siempre unidas
a partes tan humildes que hasta vergüenza dan?
—Sí es fuerza, dijo el tronco, porque ellas nuestras vidas
sustentan y alimento nos buscan con afán.

Que si en la tierra dura se arrastran y se hunden,
las fibras, absorbentes, tendiendo por doquier,
trabajan afanosas y sus trabajos cunden
para ofrecernos savia que ayude a nuestro ser.

¡Ay, tristes de nosotros! Si un día las raíces
faltaran, nos sumieran en mísera orfandad!...
La sociedad es árbol; su raíz, los infelices
obreros; educadlos, si amáis la sociedad.

PUBLICACIONES DE EL MAGISTERIO ESPAÑOL	PRECIO	
	Uno	Docena
GRADO DE INICIACION		
1. Primeras lecturas, por *D. Victoriano F. Ascarza* y *D. Ezequiel Solana.* 167 páginas. Obra propia para iniciar a los niños en la lectura y en el conocimiento de las materias del primer grado . . .	1,25	15,00
2. Cartilla de lectura y escritura, por *D. Ezequiel Solana.* 16 páginas	0,15	1,50
3. Silabario - Catón de lectura y escritura, por *D. Ezequiel Solana.* 32 páginas	0,30	3,00
PRIMER GRADO		
4. Doctrina Cristiana e Historia Sagrada, por *D. Ezequiel Solana*	0,40	4,50
5. Gramática Castellana, por *D. Ezequiel Solana*	0,40	4,50
6. Geografía, por *D. Victoriano F. Ascarza*	0,40	4,50
7. Historia de España, por *don Ezequiel Solana*	0,40	4,50
8. Rudimentos de Derecho, por *D. Victoriano F. Ascarza*	0,40	4,50

VOCABULARIO

A

AGOSTERO.—Mozo que ayuda a los segadores y suele ocuparse frecuentemente en el acarreo de las mieses.

ALFAQUÍ.—Doctor de la ley entre los musulmanes.

APELES.—El más célebre de los pintores griegos, nacido en Efeso en el siglo IV antes de Jesucristo.

APÓLOGO Y FÁBULA.—Estas palabras, tomadas, respectivamente, del griego y del latín, vienen a significar la misma cosa, y frecuentemente se emplean como sinónimas.

ARABE.—Procedente de Arabia; generalmente son mercaderes de Oriente que viajan por el Africa Occidental.

ATENAS.—Capital de la Atica o Grecia antigua, embellecida por Pericles, y en la que florecieron muchos filósofos, poetas y artistas notables.

B

BALMES.—Célebre sacerdote y filósofo español, nacido en Vich, Barcelona (1810-1848).

BATURRO.—Que pertenece a Aragón.

BETSABÉ.—Mujer de David, después de la muerte de Urías.

C

CÁDIZ.—Población marítima al sur de España.

CANARIAS.—Archipiélago situado en el Atlántico, al O. de las costas de Africa, y que forma una de nuestras provincias insulares.

CARIÑENA.—Dícese «campo de Cariñena» a una región de la provincia de Zaragoza, célebre por sus vinos, donde radica el pueblo que le da nombre.

CARLOS V.—Así suele llamarse al primer rey de la casa de Austria, Carlos I de España y quinto emperador de Alemania, hijo de doña Juana la Loca y padre de Felipe II.

COLOMBIA.—Antigua república de Nueva Granada, cerca del itsmo de Panamá.

CONSULTA.—Llámase a la visita que recibe un médico en su casa, para dar parecer o dictamen después de examinar a un enfermo.

CUENTOS.—Equivalente a millones.

D

DAVID.—Segundo rey de Israel, padre de Salomón.

DIÓGENES.—Filósofo ateniense que en pleno día iba por las calles de Atenas con una linterna encendida buscando un hombre.

E

EBRO.—Famoso río de España que atraviesa fértiles comarcas de la Rioja, Navarra, Aragón y Cataluña, y desemboca

en el Mediterráneo, cerca de Tortosa.

EDAD DORADA.—Edad fingida por los poetas, de la que Cervantes hace decir a Don Quijote: «Dichosa edad y siglos dichosos aquellos a quienes los antiguos pusieron el nombre de dorados.»

EVANGELIOS.—Historia de Jesucristo escrita por San Mateo, San Marcos, San Lucas y San Juan, que por eso se llaman los cuatro evangelistas.

ESOPO.—Esclavo y filósofo griego, que compuso hermosa colección de fábulas, hoy traducidas a todos los idiomas.

F

FORTUNA.—Divinidad mitológica a la que suponían árbitro de los sucesos y figuraba sobre un carro con alas.

FUISTES POR FUISTE.—Licencia poética.

G

GOYA.—Francisco Goya y Lucientes, genial pintor y dibujante, que nació en Fuendetodos (Zaragoza), 1746, y murió en Burdeos (Francia), 1828.

H

HACER NOVILLOS.—Frase familiar, que significa faltar a la escuela. En algunas provincias dícese «hacer rabona».

HACES.—Porciones atadas de mieses que se llevan de los campos a la era.

I

ICARO.—Personaje fabuloso que se fugó de la prision donde lo había encerrado el rey Ninos, con ayuda de unas alas de cera; pero, derretidas por el sol, se vino al suelo.

J

JEREZ DE LA FRONTERA.—Ciudad de la provincia de Cádiz, célebre por sus vinos, que se exportan a todos los países frecuentemente en botellas y alguna vez en toneles.

JOVE.—Nombre en latín de Júpiter, hijo de Saturno y de Rea. Repartióse, con sus hermanos Neptuno y Plutón, el mundo, correspondiéndole a él el cielo, las nubes y el aire.

JUSTICIA.—Virtud que consiste en dar a cada uno lo que le pertenece.

L

LUJÁN.—Pintor y grabador de Zaragoza en cuyo estudio cursó Francisco Goya los rudimentos de la pintura.

LUMPIAQUE.—Pueblo de Aragón, próximo a Zaragoza.

M

MAGALLANES.—Estrecho de su nombre que separa la Patagonia de la Tierra del Fuego, en la América del Sur, y así llamado del nombre de su descubridor.

MANDARÍN.—Dícese así en China a los magistrados o gobernadores de las ciudades.

MECA.—La ciudad santa de los mahometanos, en la Arabia; son famosas sus peregrinaciones.

MÉDICO Y DOCTOR.—A la per-

sona autorizada para ejercer la medicina, se le llama «médico» y algunas veces «doctor».

MERENGUE.—Dulce de claras de huevo y azúcar.

MOCHILA.—Saco en que llevan su equipo los soldados, sujeto con correas a la espalda, y ahora suelen llevar sus libros los niños a las escuelas.

MOLIERE.—Uno de los primeros autores dramáticos de Francia. París (1622-1673).

N

NATHÁN.—Profeta de Israel, contemporáneo de David.

NENE.—Dícese familiarmente al niño pequeño.

NEPTUNO.—Dios de las aguas en la antigua mitología.

P

PERÚ.—República de América del Sur, sobre la costa del Pacífico, que tiene por capital a Lima, y es su puerto más floreciente El Callao.

PIPETA.—Aparato consistente en un tubo de vidrio, abierto por los dos extremos, que se introduce en un depósito y sirve para probar los líquidos.

R

RUSIA.—Extensa nación situada al norte de Europa.

S

SALOMÓN.—Rey de Israel, hijo de David, célebre por su sabiduría y fundador del templo de Jerusalén.

SANTA FE.—Capital de Nueva Granada, hoy llamada Bogotá.

SANTANDER.—General colombiano y político notable, bibliógrafo y escritor (1752-1813).

SIL.—Río de Galicia, afluente del Miño, que arrastra arenas de oro.

SINDICATO.—Junta constituída por varias sociedades confederadas.

SÓCRATES.—Insigne filósofo griego, maestro de Platón, que fué condenado a beber la cicuta, año 400 (a. de J. C.)

T

TALLISTA.—Persona que trabaja en talla o labra estatuas en madera.

TARTARIA.—Vasta región del Asia Central, frontera de China.

TICIANO.—Célebre pintor veneciano y famoso colorista que vivió algunos años en España (1477-1576).

TRINEO.—Vehículo bajo y sin ruedas para deslizarse sobre el hielo y la nieve.

TURBINA.—Rueda hidraúlica horizontal vulgarmente llamada rodete.

U

URÍAS.—Capitán del ejército de David.

Z

ZOCO.—Mercado en ciertos parajes de Marruecos.

Publicaciones de El Magisterio Español	Precio	
	Uno	Docena
9. Nociones de Aritmética, por *D. Ezequiel Solana*	0,40	4,50
10. Geometría y Agrimensura, por *D. Ezequiel Solana*	0,40	4,50
11. Cartilla Agrícola, por *D. Victoriano F. Ascarza*	0,40	4,50
12. Nociones de Física, por *don Victoriano F. Ascarza*	0,40	4,50
13. Química y Mineralogía, por *D. Victoriano F. Ascarza*	0,40	4,50
14. Botánica y Zoología, por *don Victoriano F. Ascarza*	0,40	4,50
15. Fisiología e Higiene, por *don Victoriano F. Ascarza*	0,40	4,50

Los anteriores libros forman tomos de 32 páginas, impresas en excelente papel, con grabados y cubierta en cartulina.

SEGUNDO GRADO

16. Historia Sagrada, por *D. Ezequiel Solana*	0,80	9,00
17. Gramática Castellana, por *D. Ezequiel Solana*	0,80	9,00
18. Ortografía Castellana, por *D. Ezequiel Solana*	0,80	9,00

INDICE ALFABETICO

A

AFÁN.—Se siente a veces por lo pequeño, olvidándose de cosas grandes. VII.

AGRADECIMIENTO.—Mostrémoslo siempre por el bien que se nos hace. LI.

AMBICIÓN.—Nunca se satisface el corazón del hombre. XCVII.

AMIGOS.—En días de prosperidad, dondequiera se hallan amigos. LXXXVI.

—Los buenos amigos se prueban en la desgracia. XI.

—Los malos amigos suelen producir muchas desazones. XXXVI.

APARIENCIAS.—Para mejor engañar el malo, suele aparentar bondad. LXXIX.

APLAUSOS.—Los aplausos desmedidos envanecen. CIII.

ASOCIACIÓN.—La unión centuplica las fuerzas y establece cordialidad entre los hombres. LXVIII.

ATENCIÓN.—Quien no pone atención en las cosas, mal podrá aprenderlas. LXI.

B

BENEFICIOS.—Los beneficios deben hacerse con predilección donde más se necesitan. XLIV.

BIENHECHORES.—Dichoso quien obra el bien por el bien mismo. XC.

BIEN OBRAR.—En el bien obrar se encierra satisfacción y contento. XCIII.

C

CASA PATERNA.—Suele concentrar el amor de la familia. XV.

CODICIA.—Por desearlo mayor, se pierde a veces un provecho. XLVIII.

—El que todo lo quiere todo lo pierde. XXIV.

—Por ambicionar lo imaginario, se pierde acaso lo que realmente se posee. XXVIII.

CONCIENCIA.—La tranquilidad de conciencia es la mejor almohada. XCV.

CONOCIMIENTO DEL HOMBRE. Por los frutos se conoce el árbol; por sus obras, a los hombres. CV.

CONSEJOS MALOS.—Pueden herir de rechazo a quien los da. XCIX.

CONTRARIEDAD.—En las nobles empresas no deben desanimarnos las contrariedades. XL.

CORTESÍA.—Es fruto de bondad y granjea simpatías. XII.

CONSEJOS.—Ni en chanza de-

be darse a un niño un mal consejo. LXXX.

CRÍTICAS.—No deben apreciarse más críticas que las razonables. LXXXI.

CULPA.—Bueno es tener a quien echarla. LXXVI.

D

DEBER CUMPLIDO.—Del deber cumplido nacen los más gratos contentos de la vida. XXXVII.

DIOS.—Es el principio de todas las cosas. LXXIII.

E

EDUCACIÓN.—La educación es obra de toda la vida. II.

—La educación supone autoridad, pero no despotismo. LII.

—Por falta de educación se han malogrado muchos talentos. III.

ENSEÑANZA.—La enseñanza debe ser patrimonio de todos los hombres. IX.

—La labor de la enseñanza es tan importante como ingrata. LXIX.

ENGAÑOS.—A un pillo suele haber otro mayor. XXXII.

ENVIDIA.—Hay seres envidiosos y rastreros que sólo merecen desdén. CVI.

ESCUELA.—Es el camino de la vida. LVIII.

—Faltar a ella, más que placer, causa pesadumbre. V.

ESPERANZAS.—Siempre se nos aparecen bellas y risueñas. XXXIV.

ESTUDIO.—Para que sea provechoso se ha de hacer con profunda atención. XIX.

ETIQUETA.—Por fútiles motivos de etiqueta se producen serios males. XCVI.

F

FÁBULA.—El camino de los ejemplos es más breve que el de los preceptos. I.

FALTAS.—No hay falta que al fin no se descubra. IV.

FALTAS PEQUEÑAS.—Quien no corrige las pequeñas, caerá seguramente en las grandes. LXIII.

—De faltas pequeñas se originan grandes daños. XXX.

FORTUNA.—Los bienes de fortuna se reciben por azar y no por mérito.— LXX.

G

GRATITUD.—La gratitud es propia de los corazones nobles. LIII.

H

HOMBRES.—En obrar como hombre de bien consiste el serlo. XLIX.

HUMILDAD.—Nada enaltece tanto a las almas como la humildad. LX.

I

IGUALDAD.—La naturaleza nos muestra que con ella la vida es imposible. XXXVIII.

IMITACIONES.—Siempre valen menos que el modelo. LXXVI.

INGRATITUD.—La ingratitud es uno de los vicios más despreciables. XLVII.

INOCENCIA.—La pureza, una vez que se pierde, no se resobra. LXXXII.

INSTABILIDAD DE LAS COSAS. A las grandes subidas, suelen suceder rápidas bajadas. XXXI.

INSTINTO MATERNAL.—El instinto de una madre va más allá que la razón del hombre. LXXXIV.

J

JÓVENES TALENTOS.—A los jóvenes talentos debe imprimirse una dirección adecuada. XXVII.

L

LECTURAS.—Las malas lecturas pueden corromper el corazón de los niños. LXXVIII.

LIBERTAD.—No debe darse antes de tiempo. L.

—Cosa buena es libertad cuando se sabe hacer buen uso de ella. LXVII.

LOTERÍA.—Trabajo y economía son la mejor lotería. XXXV.

LIGEREZA.—Antes de emprender una obra, se ha de mirar si se puede llevar a cabo. XXVIII.

LUJO.—Vanidad de vanidades es el lujo. CIV.

M

MAL.—Es más noble recibir el daño que hacer el mal. XVII.

MALAS COMPAÑÍAS.—Quien se junta con malos sufrirá su culpa. LXXIV.

MAL MENOR.—Si en el mal no hay remedio, buscad el menor daño. LXXVII.

MAÑANA.—No dejéis las cosas para mañana, que ese mañana nunca llega. LXVIII.

MEDIANÍA.—Vivir en silencio haciendo el bien es el colmo de la dicha. XIV.

MEMORIA.—Hay gentes que se acuerdan de cosas fútiles y olvidan las importantes. LXXXV.

MENTIRAS.—La verdad siempre se descubre. XXXIV.

MÉRITOS.—Los hombres, más que por su nacimiento, se distinguen por el mérito de sus virtudes. VI.

MIEDO.—El hombre medroso vese como cohibido y anulado. XXV.

MIMO.—Está muchas veces reñido con la educación. XLII.

O

OBEDIENCIA.—Más vale obrar de grado que por fuerza. XIII.

OPORTUNIDAD.—Si los remedios no han de resultar inútiles, han de ser oportunos. XXIX.

ORACIÓN.—La oración humilde y silenciosa abre las puertas del Cielo. XVIII.

—Con la oración se elevan las almas de las bajezas del suelo. LXV.

ORGULLO.—El orgullo suele ser causa de humillación. X.

P

PASIÓN.—Las pasiones oscurecen la razón. LIX.

PEDIR ES VICIO.—No socorráis jamás a los que piden de vicio. LVI.

PLEITOS.—Vale más un mal arreglo que un buen pleito. XXIII.

POBRES Y RICOS.—Pobres y ricos, todos somos hijos de Dios. XCII.

PRÁCTICA.—No basta saber; es menester practicar. VIII.

PRECOCIDAD.—Fácilmente se malogran los talentos prematuros. XVI.

PREPARACIÓN.—No debe exagerarse en la preparación de las cosas. LVII.

PREVISIÓN.—El hombre previsor trabaja hoy pensando en el mañana. LXII.

PROTECCIÓN.—La protección que se dispensa a los malos es siempre en perjuicio de los buenos. LXXI.

R

RECOMENDACIONES.—Los hombres que menos valen son los que más abusan de las recomendaciones. XXI.

REMEDIOS.—Han de ser proporcionados a los males. LXXII.

RIQUEZA.—El mejor placer de la riqueza es hacer buen uso de ella. XCI.

RUIDO.—Suele sonar más en el mundo lo más vacío. XLI.

RUMBOS.—Como los lados de un ángulo, suelen irse apartando de los caminos de la vida. LXXXIII.

S

SABIDURÍA.—En saber salvarse está el colmo de la sabiduría. LXXXVIII.

SOCIEDADES.—Sólo se conciben entre hombres de bien. XCIV.

SECRETOS.—Si han de guardarse, no deben salir de nuestra boca. LXXX.

SOLIDARIDAD.-Cada uno para todos y todos para cada uno. CI.

—Todos los miembros de un todo deben ser cuidadosamente atendidos. CV.

—Todos los seres dependen unos de otros en el concierto de la naturaleza. XLV.

SENTIDOS.—Las cosas no son siempre lo que parecen. XCVIII.

T

TRATO SOCIAL.—Más suele conseguirse con la dulzura que con la violencia. XX.

TEMPLANZA.—Los animales suelen ser menos intemperantes que los hombres. LIV.

TRABAJO.—El hombre trabajador es siempre digno de aprecio. XLIII.

TRIBULACIÓN.—En la adversidad y el dolor es donde las almas se acrisolan. LV.

TURBAS.—Las turbas no piensan, sino que obran por ciegos impulsos. XXXIII.

U

URBANIDAD.—Por la urbanidad se conocen los hombres bien educados. XLVI.

V

VENGANZA.—La venganza es propia de los hombres ruines. LXIV.

VERDAD.—Nunca debe ocultársele a los niños. XXII.

VICIO.—Para extirpar el vicio, hay que arrancarlo de raíz. XXXVII.

VIDA.—La vida de este mundo, sólo es el camino de la otra. C.

VIRTUD.—El obrar el bien es lo que más enaltece a los hombres. CII.

INDICE

Págs.

A quien leyere... 5
I.—Origen de la fábula... 7
II.—En la consulta de un médico... 8
III.—La vocación de Goya... 9
IV.—Manolito y su mamá... 10
V.—Tarde de novillos... 11
VI.—Los troncos y el tallista... 12
VII.—Los afanes de la tía Colasa... 14
VIII.—Dos niños en un salón... 15
IX.—El labrador y el fabulista... 16
X.—La rana, el gorrión y la alondra... 16
XI.—Por fiarse del paraguas... 18
XII.—Carlos V y el Tiziano... 19
XIII.—El asno y el hombre... 20
XIV.—La parra y la cepa... 21
XV.—La casa paterna... 22
XVI.—Flores tempranas... 23
XVII.—La oveja y la tórtola... 24
XVIII.—El tomillo y la caña... 25
XIX.—La mariposa y la abeja... 26
XX.—Las dos olas... 27
XXI.—En las bodegas de Cariñena... 28
XXII.—La monedita de oro... 29
XXIII.—El hallazgo de la nuez... 31
XXIV.—Las dos naves... 32
XXV.—El sastre y la zarza... 33
XXVI.—La sarta de perlas... 34
XXVII.—El arroyuelo... 35
XXVIII.—Las aves audaces... 36
XXIX.—El burro y el arriero... 38
XXX.—Cómo empieza y cómo acaba... 39
XXXI.—La cuesta y la llanura... 40

Págs.

XXXII.—El ratoncillo, la rana y el gato... ... 41
XXXIII.—El entusiasmo de las turbas... 43
XXXIV.—Lucas y la montaña... 44
XXXV.—La lotería... 45
XXXVI.—El muchacho y la pistola... 46
XXXVII.—El labriego y el espino... 47
XXXVIII.—La igualdad... 47
XXXIX.—El juicio de la cabra... 48
XL.—El ciclista y el médico... 49
XLI.—El tonel vacío... 49
XLII.—Los mimos de Fernando... 50
XLIII.—En la antesala de un Ministerio... 51
XLIV.—El niño y la lluvia... 52
XLV.—El sauce y el río... 53
XLVI.—La buena educación... 53
XLVII.—Lo más negro... 55
XLVIII.—El gallego y el apóstol Santiago... ... 55
XLIX.—Esopo y un anciano... 56
L.—El niño y los pajaritos... 57
LI.—La gallina y el niño... 58
LII.—La educación severa... 58
LIII.—Mudanzas... 59
LIV.—El borracho y el borrico... 60
LV.—El agua y el viento... 61
LVI.—El lobo y la zorra... 61
LVII.—Los mozos de Lumpiaque... 63
LVIII.—Pablo el escolar... 64
LIX.—David y Nathán... 65
LX.—El premio de la humanidad... 66
LXI.—Los buscadores de oro... 68
LXII.—El obrero imprevisor... 69
LXIII.—El clavo de una herradura... 70
LXIV.—Sócrates y un ateniense... 71
LXV.—Las pesas y la llave del reloj... 72
LXVI.—La lección de cosas... 75
LXVII.—Potro indómito... 74
LXVIII.—El mañana... 75
LXIX.—El maestro y el escultor... 77

Págs.

LXX.—La Fortuna y la Justicia... 78
LXXI.—El zarzal y el jardinero... 79
LXXII.—El arbitrista... 80
LXXIII.—La voz de natura... 81
LXXIV.—El sembrador y la golondrina... 83
LXXV.—Las avispas y las abejas... 84
LXXVI.—El pintor y el aprendiz... 85
LXXVII.—El trineo y los lobos... 86
LXXVIII.—Las malas lecturas... 87
LXXIX.—Los ciervos y la serpiente... 88
LXXX.—Los secretos... 89
LXXXI.—El cisne y el escarabajo... 91
LXXXII.—La madre y la niña... 92
LXXXIII.—Los lados del ángulo... 93
LXXXIV.—La gallina y los pollitos... 95
LXXXV.—La memoria de Juan Lanas... 97
LXXXVI.—La higuera y los gorriones... 99
LXXXVII.—El deber cumplido... 101
LXXXVIII.—El sabio y el zapatero... 103
LXXXIX.—El zapatero y su hijo... 104
XC.—La nube bienhechora... 105
XCI.—El potentado y el mendigo... 106
XCII.—El magnate y el huérfano... 107
XCIII.—Moliere y el mendigo... 108
XCIV.—El cigarro fumado a medias... 109
XCV.—El murciélago y el lobo... 110
XCVI.—Cuestiones de etiqueta... 111
XCVII.—El niño llorón... 112
XCVIII.—Los sentidos nos engañan... 113
XCIX.—El palurdo y el abogado... 114
C.—Los segadores robados... 115
CI.—Solidaridad humana... 116
CII.—El alfaquí y los árabes... 117
CIII.—El novillero aplaudido... 118
CIV.—El mandarín y el ermitaño... 119
CV.—La plana de escritura... 120
CVI.—El águila y la serpiente... 122
CVII.—Las ramas, el tronco y las raíces... 123

Publicaciones de El Magisterio Español	Precio	
	Uno	Docena
19. Geografía, por *D. Ezequiel Solana*	0,80	9,00
20. Historia de España, por *don Ezequiel Solana.*	0,80	9,00
21. Rudimentos de Derecho, por *D. Victoriano F. Ascarza.* . .	0,80	9,00
22. Aritmética, por *D. Ezequiel Solana*	0,80	9,00
23. Geometría y Dibujo, por *don Victoriano F. Ascarza*	0,80	9,00
24. Fisiología e Higiene, por *don Victoriano F. Ascarza*	0,80	9,00
25. Cartilla Agrícola, por *D. Victoriano F. Ascarza*	0,80	9,00
26. Ciencias Físicas (Física, Química e Historia Natural), por *don Victoriano F. Ascarza*	1,25	15,00
LIBROS DE LECTURA		
27. Lecturas infantiles (primer libro de lectura corriente), por *don Ezequiel Solana.* 114 páginas . .	1,00	12,00
28. Fábulas educativas, por *don Ezequiel Solana.* 131 páginas . . .	1,25	15,00

	PRECIO	
	Uno	Docena
29. Lecturas de Oro, por *D. Ezequiel Solana.* 157 páginas.....	1,25	15,00
30. Recitaciones escolares (colección de trozos en prosa y verso), por *D. Ezequiel Solana.* 232 páginas.....	1,50	18,00
31. Alboradas (ramillete de poesías), por *D. Ezequiel Solana.* 152 páginas.....	1,25	15,00
32. Cervantes, educador, por *D. Ezequiel Solana.* 127 páginas.	1,00	12,00
33. Las memorias de Pepito (memorias de un escolar, corregidas por su maestro), por *don Ezequiel Solana*.....	1,25	15,00
34. La niña instruída (nociones de Fisiología e Higiene, con aplicación a la economía, medicina y farmacia domésticas, para niñas), por *D. Victoriano F. Ascarza.* 107 páginas.....	1,00	12,00
35. El Hombre (nociones de Anatomía, Fisiología e Higiene, para niños), por *D. Victoriano F. Ascarza.* 152 páginas.....	1,25	15,00

Publicaciones de El Magisterio Español	Precio	
	Uno	Docena
36. Vida y Fortuna o Arte de bien vivir, por *D. Ezequiel Solana.* 232 páginas.	1,50	18,00
37. Victoria (libro de lectura, para niñas), por *D.ª María del Pilar Oñate.* 133 páginas	1,00	12,00
38. Lecciones de Cosas (resúmenes de las dadas durante un curso), por *D. Ezequiel Solana.* 158 páginas.	1,25	15,00
39. El Cielo (lecturas científicas sobre Astronomía), por *D. Victoriano F. Ascarza.* 219 páginas . .	1,25	15,00
40. Reglas de urbanidad y buenas maneras, por *D. Ezequiel Solana*	1,25	15,00

Todos los libros que forman el segundo grado, y los de lectura, están impresos en buen papel, y llevan profusión de grabados; van encuadernados en cartón con lomo de tela.

APROBADOS POR EL CONSEJO DE INSTRUCCION PUBLICA

		PRECIO Ejemplar
41.	**Método rápido de escritura moderna.** Seis cuadernos de 16 páginas de 21 × 15 centímetros. Docena, 1,00 peseta; ciento, 7,50 .	0,10
	Registro Escolar-Solana. Hay cuatro tipos:	
47.	Serie A, para 70 inscripciones. . . .	4,00
48.	— B, para 105 —	4,50
49.	— C, para 140 —	5,00
50.	— D, para 210 —	6,00
	LIBROS PARA OPOSICIONES Y ESCUELAS NORMALES	
60.	**Geografía,** por *D. Ezequiel Solana.* 376 páginas.	4,00
61.	**Historia de España,** por *D. Ezequiel Solana.* 288 páginas	4,00
62.	**Física,** por *D. Victoriano F. Ascarza.* 232 páginas.	3,00
63.	**Química,** por *D. Victoriano Fernández Ascarza.* 176 páginas. . . .	3,00
64.	**Historia Natural,** por *D. Victoriano F. Ascarza.* 224 páginas . . .	3,00

		PRECIO Ejemplar
65.	**Física, Química e Historia Natural,** por *D. Victoriano Fernández Ascarza.* 632 páginas. . . .	7,50
66.	**Pedagogía general,** por *D. Ezequiel Solana.* 408 páginas	5,00
67.	**Didáctica pedagógica,** por *don Ezequiel Solana.* 568 páginas. . . .	5,00
68.	**Organización escolar,** por *don Ezequiel Solana.* 480 páginas. . . .	5,00
69.	**Historia de la Pedagogía,** por *D. Eugenio Damseaux* y *D. Ezequiel Solana.* 674 páginas	10,00
70.	**Gramática y Literatura,** por *D. Ezequiel Solana.* 416 páginas .	5,00
71.	**Historia Universal,** por *D. Ezequiel Solana.* 320 páginas.	5,00
72.	**Algebra,** por *D. Victoriano F. Ascarza.* 266 páginas.	5,00
73.	**Geometría,** por *D. Victoriano F. Ascarza.* 512 páginas.	5,00
74.	**Aritmética,** por *D. Victoriano Fernández Ascarza.* 472 páginas	5,00

PRECIO
Ejemplar

75. Colección de problemas de Aritmética y Geometría, por *D. Victoriano F. Ascarza* y *D. Ezequiel Solana.* 224 páginas. . 4,00

76. Análisis gramatical, por *don Ezequiel Solana.* 152 páginas. . . . 2,50

77. Método de corte y confección, por *D.ª Encarnación Hidalgo.* 240 páginas. 7,50

LIBROS VARIOS DE LEGISLACION Y CONSULTA

78. Anuario del maestro, por *don Victoriano F. Ascarza.* 3,00

79. Anuario de la Escuela, por *don Victoriano F. Ascarza* y *D. Ezequiel Solana* 3,00

80. Diccionario de Legislación de Primera enseñanza, por *D. Victoriano F. Ascarza.* Tres tomos de 2.000 páginas 11,00

81. Cuestiones pedagógicas, por *D. Victoriano F. Ascarza* y *don Ezequiel Solana* 4,00

		PRECIO Ejemplar
82.	**La enseñanza primaria en Bélgica,** por *D. Ezequiel Solana.*	2,50
83.	**Cómo Gertrudis enseña a sus hijos,** por *D. Juan Pestalozzi* . . .	2,50
84.	**El trabajo manual en las Escuelas primarias,** por *D. Ezequiel Solana*.	2,50
85.	**Guía práctica del trabajo manual,** por *D. Ezequiel Solana*. . .	4,00
86.	**Desarrollo de sólidos,** por *don Ezequiel Solana.* Cuatro láminas, en cartulina.	2,00
87.	**Diagnóstico de niños anormales,** por *D. Anselmo González*.	3,00
88.	**La Escuela en acción,** por *don Victoriano F. Ascarza* y *D. Ezequiel Solana.* (Primer grado)	5,00
89.	**La Escuela en acción,** por *don Victoriano F. Ascarza* y *D. Ezequiel Solana* (Segundo grado) . . .	5,00
90.	**Guía de la Mutualidad escolar,** por *D. Alfonso Alvarez*	3,00

Publicaciones de El Magisterio Español	Precio Ejemplar
91. La Mutualidad Escolar, por *D. Ezequiel Solana*	3,00
92. La Fiesta del Arbol, por *don Ezequiel Solana*	1,50
93. María Montesori, por *D. Ezequiel Solana*.	3,00
94. Guía del opositor a escuelas, por *D. Victoriano F. Ascarza* . . .	1,50
95. Registro Paidológico, por *don Ezequiel Solana*	3,00
96. Libro de visitas de inspección	2,00

SEGUNDO GRADO

Historia de España

por

Don Ezequiel Solana

En este libro se amplia el del primer grado; contiene narraciones breves, historia de la civilización, personajes ilustres, mapas, trajes, armas, etc.; estilo sencillo; exposición hecha a conciencia hasta nuestros días; el texto más pedagógico y completo.

Ejemplar..... ... **0,80** pesetas.
Docena..... **9,00** —